

EDICIONES
BISTAGNE

IMPERIO ARGENTINA

SOLER MARY
MICHEL EUGENIO



LA
HERMANA
SAN SULPICIO



En el día del libro
Abril 24 del 925.

M. R. V.

LA HERMANA SAN SULPICIO

PROHIBIDA LA REPRODUCCIÓN

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

EDICIONES ESPECIALES

Director: FRANCISCO-MARIO BISTAGNE

Ediciones BISTAGNE - Paseje de la Paz, 10 bis - Tel. 15541-Barcelona

LA HERMANA SAN SULPICIO

Sensacional producción nacional, basada en la famosa novela de
Don ARMANDO PALACIO VALDÉS

Dirección de
Florián Rey



Exclusiva de
CIFESA
Mar, 60 - Valencia



Delegado para Cataluña, Aragón y Baleares

Pedro Balart

Aragón, 261, ent.º, 2.ª. - BARCELONA



Argumento narrado por Ediciones Bistagne

PRINCIPALES INTÉRPRETES:

Imperio Argentina

Miguel Ligero

S. Soler Mary

A manera de prólogo

EL AUTOR DE "LA HERMANA SAN SULPICIO"

Con legítimo orgullo presentamos hoy, después de haber obtenido la aquiescencia de su autor, una de las obras más populares de nuestro gran novelista, Don Armando Palacio Valdés, que tiene la gentileza de sonreír a nuestros lectores desde las páginas que "Ediciones Bistagne" ofrece a su público y en las que ha procurado condensar, sin apartarse del espíritu del film, toda el alma de esa deliciosa "HERMANA SAN SULPICIO" que hubiera bastado por sí sola a hacer grande y eterno el nombre de su creador.

El venerable patriarca de las letras hispanas no necesita de nuestro elogio para ser presentado: ni siquiera necesita ser presentado, porque su nombre es una de las glorias más ilustres de nuestra literatura contemporánea. Pero cree-

mos un deber, y lo cumplimos con vehemencia y entusiasmo, agradecer públicamente la atención que nos dispensa consintiendo en que nuestra publicación se engalane con esta valiosa joya de la novela española que es "LA HERMANA SAN SULPICIO".

Armando Palacio Valdés ha sido el creador delicado y profundo de las más diversas psicologías femeninas: la candidez ingenua de "Maximina"; el alma hecha de brasa de "Natalia"; la ternura apasionada de la "Hija de Natalia"; la abnegación consciente y heroica de "Santa Rogelia" y "La Hermana San Sulpicio", esa andaluza viva y alegre, sentimental y enérgica en la que el cascabeleo de la risa siempre a flor de labio aturde a las lágrimas que quieren asomar a sus ojos brillantes de hija del Sur,

le coronan de gloria y son, ahora que ya el noble anciano se encuentra en el ocaso de la vida, las compañeras que aletean junto a él y le amparan con su ternura, su fuego, su amor, su abnegación y su alegría, en las que están condensadas las almas de todas las mujeres españolas que en ellas rinden tributo al venerable octogenario en estos últimos años de la vida en los que, mucho más que en los años mozos, hace falta la compañía dulce y serena de la MUJER.

Armando Palacio Valdés, cuyas obras han sido traducidas a todos los idiomas, cuyo nombre glorioso ha llevado el espíritu de España a las más apartadas regiones del globo, acaso haya encontrado en su país un poco de indiferencia y un poco de olvido por esa inconsciente despreocupación que sentimos los españoles hacia todo lo nuestro. Pero Palacio Valdés, con su hidalguía tan noble y tan española, al hacer conocer el alma de España a

todas las naciones de la tierra con su obra grande e imperecedera que le ha hecho a él glorioso, ha conseguido hacer también glorioso el nombre de la Patria.

El homenaje que España le debe lo ha rendido él a España y a las mujeres españolas, erigiéndoles, con su labor inteligente, un monumento inmortal. Sea el espíritu de las mujeres españolas, tratado por Armando Palacio Valdés, con tan fina sensibilidad a todo lo largo de su obra fecunda y admirable, el que aletee en torno suyo y le acompañe constantemente en un himno dulcísimo de agradecimiento y entusiasmo.

Y sean estas humildes páginas que ofrece hoy "Ediciones Bistagne" las que lleven hasta el insigne autor de "LA HERMANA SAN SÚLPICIO" el más fervido entusiasmo por su obra literaria y el más rendido agradecimiento a la atención que nos dispensa con tan gallarda generosidad.

La hermana San Sulpicio

LAS AGUAS DE MARMOLEJO

Agazapado a la sombra de Sierra Morena, de donde salen las aguas que han dado a conocer al mundo civilizado el nombre de Marmolejo, que sin ellas hubiera quedado perdido en aquella arruguita de la tierra que le había correspondido en el reparto, se levantaba airoso y blanco, con la blancura deslumbradora de las casas andaluzas, enjalbegadas periódicamente con ese espíritu de limpieza que da tanta alegría a aquella región, el Balneario de Marmolejo, construido con esa fanfarronería chillona de los que explotan los lugares destinados al público que puede gastar y que, con el delirio

de darles confort, o apariencia de él, les quitan carácter, internacionalizándolos por decirlo así, y privándoles de aquella gracia local que hubieran podido darles y que hubiera estado más en consonancia con el paisaje, la región y aun las mismas gentes que venían a buscar en las aguas célebres la salud a sus estómagos estragados por los abusos o la dispepsia.

La silueta un poco orgullosa del Balneario decía mal en aquella región agreste y adusta que extiende por muchas leguas sus lomos de un verde sombrío. Pero la blancura de sus paredes, bajo el cálido sol, se avenía bien con el fondo verde y

pardo — verde de los prados, pardo de la gleba — de la Sierra que se destacaba sobre el cielo cobalto y oro de aquella mañana de verano. El contraste entre la cortina oscura de la montaña y la blancura de paloma del Balneario, la hacía grata a los ojos y poética.

La Fuente Grande era la más visitada a aquella hora por los enfermos que estaban en el Balneario de Marmolejo y que iban hasta ella dando un paseo de dos o tres kilómetros que les hacía acaso más bien que las mismas célebres aguas. Se bajaba a la fuente por una galería o puente en declive que conducía hasta la orilla misma del manantial donde el criado, vestido de blanco también como las paredes andaluzas, servía el agua a todos los que lo solicitaban.

El viajero llegó a la fuente acompañado del dueño del Hotel que se había ofrecido acompañarle hasta allá para que no se perdiera y para que el camino no se le hiciera tan largo.

—Además—le había dicho con aquel acento que tanto gustaba al forastero — yo pueo presentá a usté mucha gento con quien pueda charlar... Aquí pronto tendrá usté mucho conosíos...

Junto a la fuente paseaban o estaban sentadas en los bancos de pie-

dra, unas cuantas docenas de personas, más atentas a lo que en el interior de su estómago acaecía que al discurso o al paso de sus compañeros de paseo, con esa preocupación tan propia de los enfermos que sólo piensan en sus dolencias.

En uno de los bancos estaban sentadas tres monjitas; una de ellas pequeña, gorda, de vientre hidrópico, nariz colorada; las otras dos jóvenes y no mal parecidas. En el momento en que llegaban junto a ellas el forastero y el dueño del Hotel, la monja gorda llevaba a sus labios un vaso de agua bienhechora.

—¿Se ha bebido ya mucho, madre? — dijo el dueño en tono familiar.

—Buenos días, señor Paco...

— contestó bonachona la Madre—. Hasta ahora no han caído más que cuatro. ¿Quiere usted un poquito para abrirse el apetito?

Soltó la carcajada el buen hombre y contestó:

—Para abrir el apetito, ¿eh? Deme algo para cerrarlo, que me vendría mejor... ¿Y las bermanas?

—Lo de siempre, dos deditos — contestó una de ojos negros y vivos, con acento andaluz cerrado y mostrando una fila primorosa de dientes.

—¡Qué poco!

—¡Anda! ¿Quié usted que criemos boquerones en el estómago, como la madre?

—¡Boquerones!...

—Boquerones gaditanos... ¡no hay más que echar la red!

El vientre hidrópico de la madre fué sacudido violentamente por un ataque de risa. También rieron el dueño del Hotel y el forastero que se había conservado a prudente distancia, sin atreverse a mezclarse en la conversación.

—¿El señor viene a tomar las aguas? — preguntó la madre viniendo a sacar de apuros al muchacho que no parecía de grandes empujes.

—Sí, señora, acabo de llegar de Madrid — contestó éste mirando más a los ojos negros de la hermana que le pareció le miraban con leve expresión de burla, que a los diminutos de la madre que le estaban espionando.

—Son maravillosas. Dios Nuestro Señor les ha dado una virtud que parece increíble. Vamos, beba usted, señor; pruebe la gracia divina — dijo la madre.

—Beba usted y me dará un vasito a mí también — dijo la hermana de los ojos negros, de un negro intenso y aterciopelado, bordados de largas pestañas y un leve círculo azulado, mientras sonreía y mos-

traba una boca jugosa, fresca y unos dientes blancos, apretados, sanísimos.

El forastero tomó el vaso y se acercó al manantial, pero para llegar a él tuvo que apoyar el pie en la peña, y cuando se inclinaba para meter el vaso en el chorro, resbaló y se metió en el charco mojándose hasta más arriba del tobillo.

Fué rapidísimo, porque el forastero salió tan ligero del agua como había entrado en ella involuntariamente, pero por lo visto la escena había divertido en gran manera a la hermana de los ojos negros porque comenzó a reír con una carcajada franca, jovial, contagiosa; una carcajada que llenaba el aire de música y que al forastero no debió hacerle ninguna gracia a juzgar por la mirada fulminante que lanzó a la monjita, sin que ésta se enterara, puesto que siguió riendo aunque evitaba encontrarse con los ojos enojados volviendo la cara a otro lado.

—Hermana San Sulpicio — le dijo la madre en tono de reproche—, mire que es pecado reírse de los disgustos del prójimo. ¿Por qué no imita a la hermana María de la Luz?

Esta se puso muy colorada y bajó más la cabeza fijando la vista en el suelo.

—¡No pueo, madre, no pueo; perdóneme! — replicó aquella haciendo esfuerzos por contenerse, sin resultado alguno.

—Déjele reir. La verdad es que la cosa tiene más de cómica que de seria—dijo el forastero afectando buen humor, pero irritado en el fondo.

—Es necesario que usted se mu-
de pronto; la humedad en los pies
es muy mala — dijo la madre con
interés—. Váyase, váyase a casa y
quítese pronto el calcetín. Nosotras
nos vamos a dar un paseo por la
galería a ver si el agua baja.
Quédense con Dios Nuestro Señor.

El forastero se inclinó y besó el
crucifijo de la madre. Lo mismo
hizo con el de la hermana María de
la Luz. En cuanto al de la hermana
San Sulpicio, aunque ésta se lo
alargó, él se abstuvo de tocarlo lí-
mitándose a inclinarse profunda-
mente con semblante grave. Así
aprendería a no reírse de los cha-
puzones de la gente. Los ojos ne-
gros volvieron a tener un chispazo
de burla y el forastero se fijó en-
tonces en que de todo el porte de
la hermanita se desprendía una gra-
cia y un atractivo tan grande que él
le perdonaba de buena gana su bur-
la y su risa. Su rencor hacia ella no
llegaba hasta negarle lo que en con-
ciencia no podía, la gracia. Era

una gracia provocativa y seducto-
ra que no residía precisamente en
sus ojos vivos y brillantes, ni en su
boca un poco grande, fresca, de la-
bios rojos que a cada momento hu-
medecía, ni en sus mejillas de un
moreno pálido de pan candéal: es-
taha en todo ello, en el conjunto
armónico, imposible de definir y
analizar, pero que el alma ve y sien-
te admirablemente. Esta armonía
observábase en todos los movi-
mientos, en el modo de andar, de
emitir la voz, de accionar; pero su
última y suprema expresión se ha-
llaba indudablemente en la sonrisa.
¡Qué sonrisa! Un rayo esplendente
de sol que iluminaba y transfigura-
ba su rostro como una apoteosis.

Todo esto y mucho más penaba
el forastero mientras estaba senta-
do en el hall del hotel revolviendo
unas revistas para hacer ver que
leía, mientras dejaba desgranar to-
da la gama de colores que su exal-
tada imaginación de poeta le ha-
cía ver al pensar en la monja co-
queta y picaruela que se había bur-
lado de él junto a la fuente.

El dueño del Hotel vino a inte-
rrumpirle. Llegaba acompañado de
un nuevo forastero, recién llegado,
que no tenía habitación por estar
todas completas y venía con el in-
tento de introducirse en su cuar-
to que tenía dos buenas camas.

—Es un amigo de toa la vida. Acaba de llegar de Málaga y no puedo despedirle. Tengo con él un compromiso que no puedo eludir. ¿Verdad que usted no tiene inconveniente? No, no le tiene. Está bien, gracias, Don Seferino... Voy a presentarles: D. Seferino Sanjurjo; el Sr. Suárez.

Y sin añadir palabra, antes de que Sanjurjo pudiera protestar, allá les dejó a los dos para que se entendieran e hicieran buenas migas antes de que llegara la noche.

El malagueño, bajo de estatura y de color cetrino, vestido un poco a lo chulo, se sentó frente a Ceferino Sanjurjo y trató de tomar conversación con él.

—No parece haberle hecho mucha gracia tenerme de compañero de cuarto — le dijo.

—¡Ninguna! Y ha sido bien a mi pesar. No tenía gana de compañía.

—Claro está, hombre... ¿Quién tiene gana de que le introduzcan una cuña?

—Cuando me ha venido con la embajada he estado a punto de incomodarme de veras y de decirle que no.

—Hubiera usted hecho bien. ¡Lo que es a mí no me lo hace! Si usted se incomoda de veras, le deja en paz a escape. Iría recorriendo to-

dos los huéspedes hasta tropezar con el tonto que necesitaba...

Lo de tonto no le hizo a Sanjurjo ninguna gracia, pero no contestó para no incomodarse con aquel malagueño que hablaba con la zeta como la hermana San Sulpicio hablaba con la ese dulce de los sevillanos y que iba a ser su compañero de cuarto por Dios sabe cuántos días, y fingió embeberarse en la lectura de un periódico para no tener que seguir la conversación.

La hermana San Sulpicio cruzó el hall casi corriendo y comenzó a subir la escalera sin mirar a Sanjurjo, pero un clavo que se enganizó a sus largas faldas de estameña la obligó a detenerse y a desenredarlas de él. Fué entonces Ceferino el que soltó la carcajada, de propósito, para vengarse de la hermanita.

—¡Jesús, qué dichosas claves! — exclamó con rabia la boquita graciosa, dando una patadita en el suelo y mirando con tristeza el desperfecto.

—Ahora me toca a mí reír, hermanita.

—Ríase usted, ríase sin cumplimientos — respondió ella con viveza, riendo la primera.

—No soy rencoroso — repuso Sanjurjo en tono dulzón y galante,

acercándose al mismo tiempo a la hermana.

—¿Y por qué habla de guardarme rencor? ¿Por la risa de antes?... ¡Pues, hijo, si yo nací riendo y hasta es fácil que me ría cuando esté dando las últimas boqueras!

—Hace usted bien en reírse, y aunque sea de mí se lo agradezco por el gusto que me da el ver una boca tan fresca y tan linda.

—¡Oiga! — exclamó la monjita tratando de fruncir el ceño—. ¿No sabe que es pecao echar flores a una monja y mucho más que ésta las escuche?

—Me confesaré y en paz — replicó Sanjurjo sin apartar sus ojos de aquellos ojos que no sabían ponerse serios.

—No basta; es necesario arrepentirse y hacer propósito de no volver a pecar.

—¡Es difícil, hermana!

—Pues yo no quiero darle ocasión. ¡Ea!... ¡Adiós!

Se alejó subiendo los peldaños corriendo, con una gracia de gacela; más a los pocos pasos volvió la cabeza y haciendo una mueca expresiva, dijo:

—Tenemos a la madre enferma, ¿sabe?

—¿Qué tiene? — preguntó Sanjurjo avanzando muy serio, con el

objeto de no espantarla y obligarla a detenerse.

—No sé... Cosas de mujeres cuando nos hacemos viejas, ¿sabe usted? — respondió con desenfado.

—Pues dígame que si necesita mis servicios, tendré mucho gusto en prestárselos. Soy médico.

—¡Ah! — exclamó la monjita abriendo mucho sus grandes ojos—. ¿Es usted médico? Pues ya tié obra en que poner las manos. En cuantito lo sepa la madre ya le está a usted llamando... Váyase, váyase, criatura, si no quiere que le secuestren.

—Le repito que tendré mucho gusto en ello — afirmó Sanjurjo, mientras la hermana se alejaba y él iba a sentarse de nuevo frente al malagueño que le miraba de reojo y de una manera muy pícar.

Ceferino Sanjurjo no tenía ganas de conversación; pero a Suárez le pasaba todo lo contrario y, tras un muy breve silencio, le preguntó con cierto airecillo picante:

—Es linda la monjita, ¿verdad?

—¿Qué? ¿Qué me decía? — preguntó Sanjurjo para darse tiempo a pensar lo que debía responder a aquel odioso indiscreto—. ¡Ah, sí, no está mal! — añadió como si acabara de comprender y fijando de nuevo la vista en el periódico

para que no siguiera el interrogatorio.

La misma Hermana San Sulpicio vino a sacarle de aquel apuro, asomándose a la escalera y diciéndole con una mirada llena de conmiseración y de burla:

—¡No se lo desía yo! Venga, venga, pobresito, y no eche la culpa a nadie, que usted se la ha tenido...

Sanjurjo siguió con gusto a la hermana alejándose del malagueño que los siguió con sus ojillos maliciosos y escudriñadores que ya habían adivinado lo que aun no existía, y entró en el cuarto de la madre que le recibió contándole con una minuciosidad desesperante la mil y una enfermedad que padecía. Para ponerle en antecedentes de la dolencia empleó cerca de media hora, con una prolijidad tan fatigosa que a cualquiera desesperaría. La Hermana San Sulpicio miraba a Sanjurjo con ojos de compasión. Parecían decirle: "Pobre señor! Conste que yo no tengo la culpa".

Sanjurjo hubiera querido contestarle también con los ojos: "No me compadezca usted; me encuentro

muy bien y muy a gusto. La molestia de los oídos se compensa con el placer de los ojos".

—Diga usted, señor — preguntaba incansable la madre — ¿y esta bola fría que me siento aquí, en el vientre... no, ahora me la siento en la garganta, cree usted que algún día la arrojaré?

—Esa bola no es más que una sensación — explicaba paciente Sanjurjo—. No tiene realidad; es un fenómeno nervioso que desaparecerá si sigue usted mi tratamiento meticolosamente.

—Y ¿cuál es su tratamiento?

—Por de pronto tomar cada mañana en ayunas diez vasos de agua de la Fuente Grande.

—¿Diez vasos de agua?

—Ni uno menos. Cifro en ellos toda su curación, madre.

Los ojos negros miraron, con una picardía que hicieron poner colorado al propio médico, a los ojos de éste como diciéndoles: "¿Qué enredón es usted, hijo mío!". Y los ojos de Ceferino querían decir a los de la Hermana San Sulpicio: "Lo que quiero es asegurarme una horita diaria de charla con usted".

SANJURJO SE ENAMORA DE LA HERMANA

Aquella visita profesional dió origen a una estrecha relación entre las monjitas y el forastero. Mucha paciencia necesitaba Sanjurjo para soportar a la madre que veía en él a un sabio y que le agobiaba a preguntas y le hacía departir largamente acerca de todas las enfermedades que sólo existían en la imaginación de la buena religiosa. No le pesaba ello, por más que desde aquel día saliera Sanjurjo a cuatro o cinco consultas diarias. Pero era mucho lo que le placía la hermana San Sulpicio y mucho lo que le hacía gozar su carácter resuelto, desenfadado, tan poco monjil que verdaderamente en ocasiones asombraba. Por la mañana las acompañaba a la fuente con la excusa de que él también tenía que seguir su cura y por la tarde paseaban el agua por la galería y charlaban animadamente con la mayor confianza como si se conocieran de toda la vida. Tal milagro en cualquier otra parte del mundo, es cosa corriente en Andalucía, donde el trato y la confianza son cosas simultáneas.

Cada momento se sentía Ceferino Sanjurjo más seducido por la

gracia y el carácter campechano de la hermana San Sulpicio; y eso que más de una vez se reía, según el joven sospechaba, a su costa. También había observado que la gente, al pasearse en la galería o en el parque, les miraba con curiosidad. Sobre todo a las muchachas les llamaba mucho la atención que un joven tan apuesto y elegante acompañase a todas horas a unas monjas, y le dirigían miradas maliciosas y sonrisas, por donde vino a comprender que sospechaban la admiración que las virtudes y los ojos de la hermana San Sulpicio inspiraban al médico.

A los pocos días de tratar a las monjas y mientras la madre estaba bebiendo junto a la fuente sus diez vasos de agua, la hermana San Sulpicio preguntó al médico:

—¿De donde es usted?

—De Bollo.

Le miró con sorpresa y con aquel chispazo de burla que siempre estaba pronto a asomar a sus pupilas oscuras y llenas de luz.

—Un pueblecillo del partido judicial de Viana del Bollo, en la provincia de Orense — añadió con tímido Sanjurjo.

Por los ojos de la hermana pasó entonces un relámpago de alegría y se mordió los labios fuertemente, volviendo al mismo tiempo la cabeza para disimular su risa.

—¿Qué? ¿Le hace a usted gracia el nombre de mi pueblo?—preguntó un poco molesto.

—Pues sí, señor... dispense usted... me hace muchísima gracia —repuso tratando de reprimir en vano las carcajadas que fluyen a su boca—. Dispénsame, pero tanto bollo... vamos... es cosa que a cualquiera se le atraganta...

Rieron los dos la gracia de la hermana y cuando ésta hubo reído cuanto quiso le dijo:

—No creí que era usted gallego.

—¿Pues?

—No se le conoce a usted ná.

—¡Ah, claro!... ¡cómo que no me ve con las maletas en la mano! —exclamó herido en su orgullo patrio.

La hermana se puso un poco colorada y replicó:

—No es por nada malo... no crea que yo quiero rebajarlos.

Cuando se alejó de las madres le devuvo el mulagueño que era su compañero de cuarto y que parecía seguirle la pista, y le preguntó en tono frívolo y burlón:

—¿Qué tal la monjita?

—¿Qué monjita? —preguntó a

su vez Sanjurjo, presto a irritarse.

—¿Pues cuál ha de ser? Esa de los ojos negros que le trae a usted dislocao.

—¿Que me trae a mí dislocado? —repitió poniéndose como una cereza—. Vamos, usted está loco o quiere quedarse conmigo... y conmigo no se queda nadie, se lo advierto.

Dijo estas palabras con energía y mostrando demasiado claramente su irritación. Suárez le miró con sorpresa y respondió con acento mitad afectuoso, mitad despreciativo:

—¡No se apure usted, bueno hombre!... Me han dicho por ahí que le gusta a usted esa morena... ¿No le gusta a usted? Pues corriente. A mí sí; porque es una mujer castiza, ¿sabe usted? de esas que al llamarlas dicen con la mano ¡vuelvo!... Oígame, compare, ¿esas monjas hacen voto de castidad para siempre?

—No señor, lo renuevan cada cuatro años —se apresuró a contestar Sanjurjo con un tono menos enojado.

—¡Toma! Pues ya sé yo de una que al tocar a renovar va a decir ¡hoyta luego!

Sanjurjo no quiso recoger la alusión. No quería enfadarse de nuevo con aquel hombre indiscreto y an-

tipático que parecía decirle en voz alta lo que él venía diciéndose desde que conocía a la hermana San Sulpicio. Le molestaba de un modo indecible que el malagueño le hubiera adivinado sus sentimientos. Renegaba en su interior de la suspicacia malévola que parece inherente al corazón humano en todos los países, y protestaba con irritación contra esa tendencia a ver el lado malo en las acciones de los demás y atribuirles siempre un móvil interesado o mezquino. Después de todo, ¿qué tenía de particular que siendo amigo y médico a la sazón de la madre superiora, viviendo en la misma casa que ellas, las acompañase alguna vez en el paseo? Si fueran viejas las tres, ¿dirían algo aquellas malas lenguas?... Pero en tal momento cruzó por la mente del forastero un pensamiento contestando a esta reflexión:

"Si fuesen viejas las tres, ¿las acompañarías tú tan asiduamente?"

Tuvo que confesarse que no. Luego no había duda; le gustaba la hermana San Sulpicio... ¡Se estaba enamorando de ella!... ¡Tendría gracia!... Sanjurjo sonrió a una idea que le asaltó de pronto y que desechó como si fuera una locura.

Un día, poco después de llegar

al manantial, mientras la madre bebía sus diez vasos de agua asiática por la hermana María de la Luz, Sanjurjo y la hermana San Sulpicio se paseaban a lo largo del puente, y él le preguntó:

—¿Cuál es la verdadera gracia de usted?

—¡Jesús, la verdadera! ¿Pues tengo alguna falsa?

—Nada de eso — respondió él riendo—. Toda la que usted tiene — y tiene usted muchísima — es legítima, de pura raza andaluza.

—Vaya, vaya, ya se ha callao usted; si no, le dejo en poder de la madre...

—¡No, por Dios!—exclamó con susto Sanjurjo.

—Pues callando.

—Dígame usted cómo se llamaba antes de ser religiosa.

—¿Pa qué quíe usted saberlo? De todos modos no puede usted llamarme por él ni yo puedo responderle.

—No importa, lo guardaré en el fondo del pecho y allí lo tendré sin comunicárselo a nadie, como un recuerdo precioso de usted.

—¡Auda! ¡Cualquiera diría que es usted gallego! Con esa palabrita gitana más parece usted gaditano.

—¡Dígame su nombre!

—Ná. No quiero que se lo guar-

de usted en el pecho. Le va a producir catarros.

—Guasitas, ¿eh?

—Además ¡quién sabe los que tendrá ya ahí almasenao!... Una religiosa tié que mirar mucho la compañía.

Y se alejó, yendo a reunirse con la madre y dejando a Sanjurjo con la curiosidad de saber el nombre que ella tenía.

Pero Sanjurjo era muy amigo de la madre, y aquella misma tarde, mientras las hermanas estaban en la capilla haciendo sus rezos, éste le consasó toda la historia de la Hermana San Sulpicio.

Se llamaba en el mundo Gloria Bermúdez. Su padre había muerto cuando ella contaba solamente nueve o diez años de edad. Era un comerciante rico de Sevilla. Su madre, una señora muy piadosa, poco después de la muerte de su esposo llevó a la niña a educarse de interna en el colegio del Corazón de María y, desde entonces, la hermana sólo había pasado fuera del convento algunas temporadas, para reponer su salud. No había entrado en el convento por vocación, sino por desavenencias con su madre y con el administrador de sus bienes, un tal don Oscar, que estaba muy interesado en sacarse de delante a la niña.

Ceferino sacó en consecuencia que la hermana San Sulpicio no haría una buena esposa de Cristo; esto sin tratar de ofenderla, y se prometió comenzar inmediatamente la gestión del divorcio.

Aquella misma tarde procuró adelantarse con ella, mientras paseaban el agua y le preguntó a boca de jarro, con ánimo de turbarla:

—Gloria, ¿piensa usted renovar los votos el mes próximo?

La monja levantó la cabeza vivamente y le miró de un modo que llegó a turbarle.

—Oiga usted, ¿quién le ha dicho que me llamo Gloria?

—La madre.

—¡Valiente charlatana! ¿Y no sabe usted que nos está prohibido responder por nuestro nombre antiguo?

—Lo sé, pero...

—¿Pero qué?

—Me complace tanto llamarla por ese nombre, que aun a riesgo de incurrir en el enojo de usted...

—No es en mi enojo; es un pecado.

—Pues bien, que me perdone Dios, y usted también; pero si algo puede disculpar este pecado, debo decirle que cada día la voy considerando a usted menos como religiosa y más como mujer... Por eso

quiero saber si va usted a renovar sus votos.

—¿Y a usted qué le importa? — contestó sin alterarse poco ni mucho, mirándole con expresión maliciosa a los ojos.

El que se turbó entonces fué Sanjurjo, y no poco.

—A mí, nada, digo, sí, mucho, porque todo lo que se refiere a usted, ¡claro! me interesa... ¡claro!...

—Oscuro, digo yo, oscuro. ¿Por qué le ha de interesar a usted que una religiosa renueve sus votos?

Sanjurjo debió aprovechar aquel momento para espetarle la declaración que tenía preparada. La ocasión era que ni encargada. Pero no se atrevió, ¡ea, no se atrevió!... El chico era tímido y delante de aquella mujer lo era mil veces más, y en lugar de decirle "Porque la adoro a usted y sería para mí una horrible desgracia esa renovación que me arranca toda esperanza de ser algún día amado por usted", hallució una serie de necedades:

—Porque a mí me complacería que usted los renovase... vamos... que usted los renovase con gusto... Yo creo que cuando se hace un voto como ése con vocación, puede pasar... pero cuando se hace sin ella, debe ser una gran desgracia... porque es muy serio... ¡Caramba si es serio!

La hermana parecía muy lejos de encontrar tan serio todo aquello. Mirábale con ojos donde chispeaba la gana de soltar una carcajada, y Sanjurjo, más colorado que un pavo, se calló y así pasaron en silencio un buen espacio de tiempo. De pronto fué ella la que le preguntó:

—Conque usted descaba saber si pienso renovar mis votos, ¿verdad?

—Sí, señora—le respondió sorprendido.

—Pues, voy a satisfacer su curiosidad. No, señor, no pienso renovarlos.

—¡Caramba, cuánto me alegro!

—Puedo decirlo sin pecado — añadió sin hacer caso de su exclamación—, porque es mi propósito firme desde hace tiempo y así se lo he comunicado al confesor. ¿Quiere usted saber más, fiegón, chinchosillo?

Y como siempre que quería cerrar pronto la conversación, fué a reunirse con la madre, dejando a Sanjurjo con unas ganas enormes de saber muchísimas más cosas que ella no le había dado tiempo a preguntar.

Por la tarde la encontró sentada en un banco del parque con un chiquillo del pueblo sentado sobre sus rodillas, al que, muy seria, estaba

limpiando las narices, que no estaban en condiciones.

—Vamo a ver, niño, fuerte... más fuerte... más, hombre, sin miedo. Así, muy bien. Toma, ahora te voy a dar el caramelo que te prometí. Di, chiquito, ¿te acordarás de mí cuando me vaya, o te acordarás sólo de los caramelos?

El niño, vergonzoso, bajaba más y más la cabecita, que ella se empeñaba en hacer alzar hasta ponerla al alcance de la suya, mientras le decía:

—Di, tío silbante, ¿sientes o no que me vaya?

Sanjurjo, que estaba excitado y deseaba con extraño anhelo declarar sus sentimientos a la hermana, exclamó con voz temblona:

—¡Oh, Gloria! ¿Quién no va a sentir perderla a usted de vista?... Gloria, mientras imaginé que sus votos eran insolubles, la miraba a usted como un ser ideal, sobrenatural, si se puede decir así; pero desde el momento que entendí que era posible romperlos, se me ha ofrecido con un aspecto distinto, no menos bello, por cierto, porque lo terrenal, cuando es dechado, como usted, de gracia y hermosura, se confunde con lo celestial... Hay en sus palabras, en sus actitudes todas un atractivo...

—¡Uy, uy!—gritó el niño, al que

Sanjurjo había cogido de la mano y, en la vehemencia del discurso, se la estaba apretando hasta deshacerse.

—¡Ay, pobrecito, perdona!—exclamó acariciándole.

La hermana soltó una catejada tan fresca, tan argentina, tan deliciosa, que Sanjurjo se sofocó hasta la raíz del pelo y esperó a que ella hablara, a que tuviera una de sus salidas burlonas, en que era maestra. No se hizo esperar. Doblando el cuerpo y acercando la cabeza a la del muchachito para azariciarle, le dijo con tonillo ligero:

—¿Te duele la mano, pobrecito? ¡Bien empleado te está, por dársela a gente que tiene los malignos en el cuerpo!

Aquella burla no mortificó a Sanjurjo. Al contrario, sin saber por qué, se sintió gratamente impresionado y tomó en brazos al niño para consolarle con sus besos del daño que le había hecho o para dar a la criatura los besos que hubiera dado de buena gana a Gloria. Pero le detuvo en aquella expansión efusiva una voz que sonó a su espalda:

—Le veo a usted muy inclinado a los niños, amigo Sanjurjo.

Era el malagueño, que les había alcanzado y que les miraba con una sonrisa irónica, que crispó los nervios de Sanjurjo. Al mismo tiempo

dirigió a la hermana una mirada insolente; pero ella, sin turbarse poco ni mucho, le clavó otra clara, insistente, un poco provocativa, como quien adivina un enemigo y le desafía.

—Sí que me gustan los niños— le replicó Sanjurjo con frialdad—. ¿Y a usted no?

—A mí me gustan más las niñas—contestó brutalmente sin dejar de mirar a la hermana.

Y con el aplomo cínico que ca-

racterizaba a aquel hombre, se puso a su lado y trabó conversación con ella.

—¿Usted es sevillana, ¿verdad?

—Para servir a usted. Y usted, ¿es malagueño?

—¿De dónde si no, con esa cara que Dios me ha dao?

Olvidados uno y otro de la presencia del tímido gallego, se alejaron charlando alegremente y dejando al muchacho encendido de indignación y de celos.

PETENERAS Y SEGUIDILLAS

Al llegar la noche de aquel día, cuando ya Sanjurjo estaba acostado y fingía dormir mientras Suárez se desvestía y se metía en la cama, antes de apagar éste la luz, le preguntó, convencido de que su sueño no era real:

—¿Cómo van esas ducas tan grandes que le hace pasar la monjita?

—No sé lo que son ducas — contestó de mal talante Sanjurjo.

—¡Fatigas, compare!... Quiero decir si le ha pedido usted conversación a la monjita.

—¿Cómo si le he pedido la conversación? Claro está, puesto que todos los días hablo con ella.

—No me entiende usted. Pedir la conversación, en mi tierra y en la suya, es decirle a una mujer que se está loquito por ella.

—¡Ah, pues, no! Aun no se lo he dicho, ni he pensado jamás en ello — afirmó Sanjurjo mintiendo descaradamente.

—¡Lástima que esa niña se haya metido monja. Yo conozco a su familia. Es hija de un comerciante de la calle de Francos, que ha dejado lo menos dos millones. La viuda dicen que vive con un señor... ¿sabe usted?... un señor, administrador... Y hay quien dice que a la niña la han metido casi a rastras en el convento.

Y sin añadir palabra, dejando a Sanjurjo en un estado lamentable de curiosidad, apagó la luz y finió dormirse casi tan profundamente como antes lo había fingido su compañero.

Suárez se inmiscuía demasiado con las monjitas. Ahora ya no era Sanjurjo el que las acompañaba a todas horas, sino que tenía que repartir aquella satisfacción con el impertinente malagueño, que le miraba desdeñoso y altivo cada vez que conseguía emparejar con la hermana San Sulpicio, que se reía a carcajadas de las gracias de aquel hombre, que a Sanjurjo no le hacían ninguna.

A él le tocaba escuchar entonces la inacabable retahíla de las dolencias de la superiora, porque era vano intentar sacar una palabra del cuerpo de la hermana María de la Luz. Y aquel papelón que el malagueño le imponía, no se lo perdónaba Sanjurjo por nada del mundo... por nada, como no fuera por las miradas entre pícaras y cariñosas que de vez en cuando le dirigían aquellos ojazos negros que le habían trastornado el cerebro y dañado el corazón.

Declinaba ya la tarde, cuando, sintiéndose la Superiora muy fatigada, tuvieron que regresar al hotel, llevándola casi en brazos entre

los dos jóvenes, en ayuda de los cuales vino el dueño del hotel cuando les vió llegar.

La obligaron a sentarse en uno de los butacones del saloncillo. A aquella hora, casi todos los huéspedes estaban fuera de la casa, paseando y gozando del encanto de la naturaleza, en aquel atardecer serenamente bello de verano. Las monjitas se sentaron y con ellas, formando corro, Suárez, Sanjurjo y el dueño del hotel, que se había quedado para pegar la hebra con ellos.

Suárez, que era alegre y dicharachero, tomó la guitarra que tenía al alcance de la mano y dijo con aquel su gracejo andaluz:

—Va uzté a ve, madre, cómo yo le hago pasar más pronto sus males que el doctor... ¡La zal de la tierra ez la que tóo lo cura!

Y comenzó a manejar el instrumento con sin igual destreza, tocando unas malagueñas muy sentidas. La hermana San Sulpicio, en cuanto comenzó la música de la guitarra, se había transfigurado... Sus ojos brillaban con una luz nueva y deliciosa. Su boca sonreía, mostrando la doble hilera de aquellos dientes prietos y blanquísimos que eran una de las mejores galas de su figura, y sus piececillos, los piececillos que se adivinaban me-

mudos y graciosos bajo el toseco zapato, se movían a compás de los acordes y los rasgueos, como si quisieran arrancar a bailar y tuvieran que hacer un enorme esfuerzo para permanecer parados. Sanjurjo la devoraba con los ojos. Pero ella parecía no fijarse, absorta en lo que oía y que despertaba en su alma quién sabe qué ecos dormidos en ella hacía tiempo.

Suárez tocaba sin cansarse, con un rasgueo desenfadado, en el que no faltaba sentimentalidad y alma. Tocaba con ese instinto musical de los andaluces, que lo han conservado a través de los siglos de sus antepasados, los árabes, y la música, de ritmo netamente español, sentía aquellas cadencias morunas que le daban una cierta melancolía en medio de la vibrante alegría de las notas.

En un momento de silencio, la madre, que en realidad se sentía muy aliviada, preguntó a Sanjurjo, por el que sentía una marcada tendencia:

—¿No canta usted, amigo Sanjurjo?

—¡Oh, no!... A tiempo de lavarme únicamente — respondió poniéndose un poco colorado, porque adivinaba que la hermana le estaba mirando con sus ojos de burla.

—Pues aquí, la hermana San

Sulpicio, lo hace muy bien. Alguna vez la hemos oído en el colegio... el día del santo del superior, que es cuando se permiten esas cosas.

—Pues ya se está usted arrancando, hermanita—le dijo el malagueño, presentándole, al mismo tiempo, la guitarra.

—¡Quite usted allá, hombre de Dios!—respondió la monja riendo y rechazándola.

—¿Quiere que yo la acompañe, entonces?

—Vamos, hermana, déjese oír—dijeron casi a un tiempo Sanjurjo y el fondista.

—¡Qué guasa! — exclamó ella riendo—. ¿Quieren ustedes reírse de mí?... ¡Haría bonita figura una monja cantando cante jondo!...

—Ahora no hay nadie en la casa—insistió el fondista.

La hermana siguió riendo, sin dejarse persuadir. No obstante, se adivinaba que la retenían más los respetos a su estado y el de la superiora, que la falta de deseos.

La madre, instada por los tres hombres, le dijo:

—Como no hay más que esos señores, que son de confianza, por mí, puede hacerlo, hermana; no tengo reparo en ello...

—Malo y rogado, son dos cosas malas—dijo la hermana tomando

la guitarra y comenzando a rasguearla dulcemente.

Sanjurjo miraba aquellas manos que le habían llamado la atención desde el día que la conoció. Cada hombre tiene su "fetichismo" respecto a la mujer, y Sanjurjo poseía el de las manos, como otros el de los pies, el de los ojos, el de los cabellos. Y las manos de la hermana San Sulpicio eran tan bellas, tan ideales a los ojos del mozo, que éste, in mente, les estaba mandando todos los besos que hubiera dado de buena gana a aquellas manos seductoras que le atraían, le atraían...

La monja rasgueaba la guitarra con un profundo sentir, mirando con sus grandes ojazos negros a lo lejos, como si esperara que la inspiración le viniera de lejos, y luego, con una voz no muy potente, pero con un gusto exquisito; con una voz algo gangosa, que bien se conocía que salía así, más que por ser natural, por la voluntad de parecerse e imitar las voces de las trujeras del pueblo, comenzó a decir, después de un largo y afiligranado jipio:

*Disen que me andas quitando
la honra, y no sé por qué.
¿Para qué enturbias el agua
que has de veni a beber?*

—¡Bravo! — exclamó Sanjurjo en el colmo del entusiasmo.

—¡Olé! — dijeron los demás.

La hermana sonrió, dejando ver aquellas filas de dientes blancos y menudos que hechizaban al médico y trastornaban al malagueño. Y volvió a cantar, tras un breve rasgueo de la guitarra:

*A mi suegra, de coraje,
le he echao una mardisión,
que se la pierda su hijo
y que me lo encuentre yo.*

—¡Eso, mi niña! — exclamó con desfachatez el malagueño—. ¡Eso es lo bueno y lo castizo!

Sanjurjo le echó una mirada atravesada y rencorosa y dijo, por decir algo:

—Son peteneras, ¿verdad?

—¡Está usté enterao, amigo! — respondió Suárez riendo—. Malagueñas del rincón mismo del Perchel, cantás con mucho estilo y con la gracia de Dios.

Sanjurjo quedó bastante avergonzado y observándolo la hermana, le dirigió una mirada cariñosa, diciendo al mismo tiempo:

—Ahí van peteneras... Por mí.

*Por Dió te lo pio, niña,
y te lo pido llorando,*

*¡Cristo de la Espiración!
que no le cuentes a nadie
lo que a mí m'está pasando.*

La copla y la voz, levemente temblorosa, de la hermana, hicieron sentir a Sanjurjo una impresión tan viva, que sintió removidas todas las fibras de su corazón, le pagó un frío extraño por todo el cuerpo y las lágrimas se agolparon a sus ojos, costándole gran trabajo no darles salida. Porque Ceferino Sanjurjo, además de ser gallego y médico, era poeta y era un sentimental y tomábase muy en serio todo aquello que le hacía sentir aquella hermana picaruela y traviesa que se estaba divirtiendo con su corazón.

—¡Olé, mi niña! ¡Bendito zea tu zalero!— había exclamado Suárez jaleando a la cantadora.

—Bueno, bueno, hasta de locuras—intervino la madre superiora, a la que sin duda ya parecía extremada la juergueta—. Si se enterara la gente de fuera, podría costarnos un disgusto.

Se retiraron las monjas a sus habitaciones y Sanjurjo no tardó en marcharse a la suya, huyendo de la persecución de Suárez, que a todas horas le embromaba con la dichosa monjita, diciéndole mil impertinencias que a él, acostumbra-

do al respeto con que en su tierra se trataban todas las cosas referentes a la religión, le parecían, no sólo indiscreciones, sino terribles profanaciones y blasfemias.

No durmió tranquilo aquella noche. Temía, no sin motivo, que la libertad que las monjas se habían tomado, les trajera alguna mala consecuencia, si había quien, indiscretamente, pusiera en antecedentes al cura, que, bajo su capa de solapada bondad, encerraba un corazón excesivamente duro y rígido.

Amanecido apenas, cuando Ceferino Sanjurjo creía que su compañero de dormitorio estaba en el más profundo de los sueños, saltó de la cama sin hacer ruido, tomó el teléfono y preguntó al conserje del hotel:

—¿Ha visto usted salir ya a las hermanas?

—Sí, señor—le contestaron desde abajo—, acaban de salir en dirección a la estación.

—¿A la estación?—preguntó Sanjurjo alarmado, mientras Suárez abría cauteloso un ojo y le dirigía por él la más astuta de todas las miradas.

—Sí, señor; marchan para Sevilla.

—Pídame usted un billete para... Oiga, ¿a qué hora es el primer tren que sale para Sevilla?... Está bien.

Tómeme un billete para Sevilla y arregle en seguida mi cuenta.

Suárez, enterado ya de todo lo que él quería saber, siguió durmiendo el más apacible de los sueños, mientras Sanjurjo se vestía precipitadamente y arreglaba su equipaje. No quería que le robasen taimadamente a la hermana San Sulpicio. No tenía de ella promesa de matrimonio, pero tenía la promesa de que no renovaría sus votos y de que saldría del convento. Aquello era bastante para encender sus ansias y mantenerlas vivas y despiertas, iluminadas por la luz de la esperanza, que le guiaba y que le llevaba ahora a Sevilla, a través de toda aquella campiña andaluza, llena de sol, alegre, fértil, exuberante y sensual, que desfilara ante sus ojos enmarcada por el cuadro de la ventanilla del tren.

Aquella misma tarde llegó el forastero a Sevilla. ¡Sevilla! ¡Qué extraña sensación le producía aquel nombre! Sevilla había sido siempre para Sanjurjo el símbolo de la luz, la ciudad del amor y la alegría... ¡Con cuánta más razón ahora, que iba hacia ella enamorado!

Un coche le llevó de la estación al hotel, uno de los buenos hoteles de la ciudad, en el que una muchacha rubia, joven y bonita, que estaba detrás del mostrador, le pregun-

tó, con aquel dulce acento que le recordaba el de Gloria:

—¿Qué desea usted, caballero?

Se comía, como andaluz de sangre, la mitad de las letras; pero Sanjurjo ya se había acostumbrado a adivinar lo que querían decir, y contestó:

—Una habitación.

—¿Una habitación? Sí, señor; le voy a dar la mejor que tengo en la casa, y si no le gusta lo dije, que se la cambiaremos.

Le acompañaron hasta una habitación del primer piso, limpia y primorosa, que le gustó mucho, y después de haber dejado en ella su equipaje, volvió a bajar al hall, porque él había venido a Sevilla en busca de algo, y ese algo quería encontrarlo en seguida, en seguida.

—¿Va usted a dar un paseito?— le preguntó la rubia del mostrador, como si ya hubiera tratado al caballero hacía años.

—Voy a ver un poco las calles... ¿Usted sabe dónde está un convento que se llama, según creo, del Corazón de María?— le preguntó Sanjurjo fingiendo una gran indiferencia para quitar importancia a la pregunta.

—Del Corazón de María... del Corazón de María— respondió la muchacha llevándose el dedo a la frente, como para recapacitar—.

Espera usted un momento. ¿No es un colegio de niñas?

—Creo que sí.

—Pues debe de estar, me parece, en la calle de San José... ¿Sabe usted allá?

—¡Si no he estado jamás en Sevilla!

—¿Que no ha estado usted jamás en Sevilla?—preguntó ella abriendo tamaños ojos, como si le pareciera imposible que en el mundo hubiera una persona capaz de no conocer Sevilla—. ¿Pero habéis oído? ¡Este cabayero no ha estado jamás en Sevilla!

El botones, el portero, el tenedor de libros, el conserje, todos le miraron como si fuera un monstruo extraordinario, y Sanjurjo hubo de enrojecer una vez más ante aquella gente andaluza, que le desconcertaba un poco y que al mismo tiempo contaba con todas sus simpatías.

—Entonse, si no ha estado usted nunca en Sevilla, yo le voy a explicar—siguió diciendo aquel pimpollo de mujer—. Es muy fácil. No tiene usted más que seguir esta misma calle hasta la Alfalfa, ¿sabe? Allí tuerce a la izquierda por una calle que se llama de Luchana; baja usted un poco, y a la derecha encuentra usted una calle que se llama de la Perla; entra usted en la calle de la Carne y allí está la de

San José... ¿Ha comprendido usted?

—Perfectamente—contestó Sanjurjo convencido de que sería inútil hacérselo repetir otra vez.

Pero como la niña no quedara muy convencida de lo bien que pudiera entenderla su nuevo huésped, dijo a otro señor que en aquel momento se disponía a salir a la calle:

—Señor Villa, ¿no va usted en dirección a la calle de San José?

—Sí, allá voy.

—Pues haga usted el favor de acompañar a ese cabayero que no conoce Sevilla—. Y dijo esto en un tonillo de conmiseración que hizo enrojecer de nuevo a Ceferino Sanjurjo.

—Busco el convento del Corazón de María.

—Que está en la calle de San José.

—¿Ustedes no conocen a la señorita Gloria Bermúdez?—preguntó Ceferino tímidamente, para ver si obtenía algún detalle acerca de su amada.

—No; no la conozco—contestó la moquita—, pero he oído hablar de ella y de su familia.

—Necesitaría verla...—se aventuró a decir Sanjurjo, creyendo que con la indiferencia que hablaba quedaban ya ocultos todos sus sentimientos.

—¡Ah! ¿Sí? Necesita ver a Gloria Bermúdez, porque está usted enamorado de ella y ella está en el convento del Corazón de María—dijo con cierta malicia la rubita, que miraba a Sanjurjo con ojos pícaros.

—¿Cómo sabe usted?...

—¡Hijo mío!... ¡Si no hay más que verle la cara para adivinar!... Míe usted que venir por primera vez a Sevilla y estar ya enamorado de una sevillana...

Sanjurjo rió para disimular su turbación, e inclinándose ante el caballero que se había ofrecido a acompañarle, le dijo:

—Estoy a su disposición.

—Vamos ayá—replicó en tono amable el caballero—. Alfredo Villa, comandante de infantería —añadió, presentándose.

—Ceferino Sanjurjo, doctor en medicina y poeta a ratos —dijo el joven riendo y marchando al lado de su nuevo amigo, que se ofreció gustoso a hacerle de guía por aquel intrincado laberinto de las calles de Sevilla.

Durante el camino no cesaron de charlar, como si se conocieran de largo tiempo. El comandante era un hombre fino, atento, simpático y sumamente comunicativo, como buen andaluz. Ceferino, que ni aun en aquella tierra lograba deshacer-

se por completo de su timidez y de su cerrazón de carácter, se sentía, al lado de Alfredo Villa, menos retraído que de costumbre y le contó, con esa ansia que todo enamorado siente de explayarse, algo de sus amores con la hermana San Sulpicio.

Al llegar a la esquina de una calle, Villa le mostró los gruesos paredones de un convento, y le dijo:

—Aquel es—. Y le dejó solo.

Ceferino Sanjurjo se dirigió hacia allí a paso lento. Por si acaso su amigo se había quedado mirándole, entró en el portal, aunque sin ánimo alguno de llamar a la puerta. Era un edificio viejo, sin fachada regular. No tenía más que unas cuantas ventanas, distribuidas caprichosamente por ella, lo cual le hizo suponer que lo principal de él debía dar a algún jardín. El portal, grande, cuadrado y feo, extremadamente limpio. La puerta era de roble viejo, labrada como las de las iglesias; a su lado había una ventanita sin rejas. La idea de que detrás de aquella puerta estaba la dueña de su corazón, la saladaísima hermana, hacía saltar la sangre en sus venas, con un borbotoneo desenfrenado. Más allá de la puerta se escuchaban voces y risas femeninas. Ceferino creyó oír la voz de la hermana San Sulpicio destacán-

dose entre todas con su frescura argentina; pero luego pensó que no era más que una ilusión de su oído y, como viera que las niñas que salían del colegio se le quedaban mirando, temiendo alarmar con su conducta a las educandas y a sus acompañantas, se alejó de allí, prometiéndose volver al día siguiente, para hablar con el capellán y conseguir de él que diera libertad a la hermana y que se le entregara a él su mano maravillosa y codiciada.

Aquella noche le pareció interminable. Durmió mal. No quiso cenar. Despertó temprano y se le hicieron eternas las horas que tuvo que dejar transcurrir para llegar a una oportuna al convento. Aun así, llegó a él demasiado temprano.

—¿Qué se le ofrece a usted, caballero?— preguntó la voz de la monjita que salió a abrirle la puerta y que hablaba con un marcado acento francés.

—Don Sabino, el capellán... ¿Se puede hablar con él?

—Sí, señor, pase usted; yo le acompañaré hasta su cuarto.

La siguió a través de un largo corredor que daba a un patio amplio y sonriente, en donde debían jugar las niñas a las horas de recreo y, con ellas, la deliciosa hermana San Sulpicio, y donde Ceferi-

no hubiera querido quedarse para contemplar en silencio a la hermana o para cogerla entre sus brazos y comérsela a besos bajo la sombra de uno de aquellos naranjos que olían a gloria en aquella mañana primorosa y brillante.

Llegaron a una puerta y la hermana llamó, sin pasar adelante ni invitar a pasar al caballero.

Como tardaran en contestar, Sanjurjo se aventuró a preguntar a la monjita, queriendo entablar conversación con ella:

—¿La madre Florentina, signe bien?

—La hermana Florentina ha dejado de ser superiora. Está algo más aliviada, sí, señor — repuso, mirándolo con un poco de curiosidad.

—¡Ah! ¿No es superiora?— dijo Sanjurjo, no dudando que en aquel cambio alguna parte había tenido el canturreo de Marmolejo.

—No, señor; hoy es la última de las hermanas.

—¡Arrea! — exclamó Sanjurjo para sus adentros, a tiempo que comparecía el ama del cura y la monjita le dejaba en sus manos, retirándose después de haberle hecho una reverencia.

—Pase usted, voy a avisar a don Sabino— le dijo el ama, conduciéndole hasta un despacho arreglado

con suma sencillez, en el que había la mesa, un par de sillas de paja y unas estanterías conteniendo libros latinos de liturgia y ceremonial religioso.

Esperó bastante rato antes de que don Sabino se dignara recibirle. Y Sanjurjo se iba poniendo cada vez más nervioso, por temor a que aquella entrevista no le resultara todo lo fructuosa que él había esperado en sus sueños locos de enamorado. Celerino pasó en aquellos momentos las de Cain: inquieto, aterrado, dando vueltas a su imaginación para hallar el mejor medio de salir del apuro en que tan imprudentemente se había metido. Porque, ¿qué iba a decir aquel buen señor en cuanto tuviera noticia de la inaudita pretensión que allí le traía? ¿No le tomaría por un loco? Un sudor le iba y otro le venía mientras aguardaba al capellán.

Presentóse al fin el clérigo, con sotana y gorro de terciopelo negro, y se plantó delante de él diciendo:

—Usted me dirá.

Era un hombre entero, pálido, de ojos pequeños y penetrantes, de ave de rapaña, negros y recelosos, que se fijaban en el joven, quitándole el poco valor que ya le quedaba.

—Pues... el objeto que aquí me trae— comenzó diciendo Sanjurjo mientras daba vueltas a su sombrero—. Ante todo, debo decirle que yo no soy ningún aventurero. En toda la provincia de Orense es bien conocida mi familia... Mi padre es farmacéutico en Bollo y ha hecho una fortuna... vamos, que aunque no sea ninguna cosa del otro jueves, como yo soy hijo único, me permitirá vivir sin trabajar. Mi madre era de una familia muy antigua y conocida en Galicia, la familia de los Lidones... Acaso usted habrá oído hablar de los Lidones...

—No, señor — respondió secamente el cura, mirando al joven con sus ojuelos, cada vez más torvos y recelosos. Por donde el muchacho entendió que no le apasionaba mucho el elogio de su prosapia.

Sobre lo desconcertado que ya estaba, aquella contestación y la actitud inquisitorial, con visos de hostil, en que se le presentaba el clérigo, acabaron de privarle de las escasas migajas de razón que aun retenía. Y comenzó a desbaratar de un modo lamentable. No sabía lo que se decía, ni es fácil averiguarlo. Una serie de frases incongruentes, mutiladas, incomprensibles, en que mezclaba "sus convicciones francamente católicas" con "los

arrebatos disculpables de la juventud" y con "la necesidad que sentía su alma de amar a una mujer santa y religiosamente educada".

Cuando, al fin, terminó aquel galimatías, quedó jadeante, encendido, sudoroso, mirando al cura, que le miraba a él con una expresión indefinible y que le dejó perplejo con esta pregunta:

—Pero, vamos a ver, ¿qué tengo yo que partir en todo eso?

—¿Partir? ¡Claro! Nada, partir nada... Es que... como usted es sacerdote... yo pensaba que podría contarle... Ninguna persona me daría mejor un consejo...

—¡Ah! ¿Quiere usted confesarse? Pues debiera comenzar por ahí. En cuanto tome mi chocolate, bajaremos a la capilla.

—No, señor... es decir, sí, señor. Es una confesión... pero al mismo tiempo no es una confesión...

Volvió a enredarse de un modo tristísimo, hasta que el capellán le llamó de nuevo al orden y el muchacho confesó lisa y llanamente que estaba enamorado de la hermana San Sulpicio y que venía en busca de la ayuda del capellán.

El cura, apenas hubo el muchacho acabado de pronunciar las últimas palabras, le clavó una mirada despreciativa y, extendiendo la mano hacia la puerta, le dijo:

—¡Largo, largo!... La hermanita, ¿eh? Ha oído cuartos, ¿verdad? ¡Largo de aquí! Ya arreglaremos a la hermanita... ¡ya la arreglaremos!

Y, llamando a su ama, le ordenó en tono seco y severo:

—Acompañe a este caballero hasta la calle, ¿entiende?... ¡Hasta la calle!

Sanjurjo tomó su sombrero y salió avergonzado, lleno de ira. Aquella ofensa le llegó hasta lo más hondo del corazón. Le acometió el impulso de arrojarle sobre aquel hombre soez; pero le contuvo la idea de las consecuencias que podía traerle un acto semejante y se contentó con decirle, arrojándole a la cara el insulto:

—¡Salvaje!

No hay que decir en el estado de ánimo que Sanjurjo salió del convento. Si se hubiera dejado llevar de sus impulsos, hubiera prendido fuego en él, después de libertar a la hermana San Sulpicio y de dejar encerrado al capellán. Se confesaba ahora que no había sido en aquella ocasión modelo de dignidad y energía; pero hay que convenir también en que, de haberlo sido, sus asuntos hubieran empeorado notablemente.

Se fué al hotel y, a la hora de la cena, le contó muy por encima

a su amigo el comandante Villa la entrevista que había tenido con el capellán y los negros temores que le asaltaban de que la situación de la hermana se viera comprometida por aquel paso dado en falso.

Villa, que era un hombre simpático y dicharachero, procuró distraerle con su charla y luego que hubieron cenado, le dijo:

—Véngase usted conmigo... Le llevaré a una reunión familiar en la que estoy seguro se va a divertir. En Sevilla hay tres cosas dignas de ser vistas: la catedral, el alcázar y el patio de las de Anguita. Vénga-

se usted conmigo. Yo le presentaré. No lo pasará usted mal. Son unas chicas muy originales.

Sanjurjo quiso excusarse diciendo que él no tenía la convicción de ser bien recibido sin un previo anuncio de su visita.

—Quite usted allá, hombre, aquí no se guardan esos tiquismiquis. Usted irá conmigo y será recibido como si le hubiesen anunciado desde el día de su nacimiento. ¡Buenas son ellas para asustarse!

Ceferino Sanjurjo tuvo que aceptar.

EL PATIO DE LAS DE ANGUITA

A las nueve de la noche, poco más o menos, Villa y Sanjurjo llegaron a casa de las de Anguita. Por la cancela se percibía ya el tumulto que había en el patio. Salíó a abrirles una criadita de ojos negros, mas antes de que corriese el cerrojo, una señorita delgada, pálida, de cabellos rubios cenicientos y ojos azules, llegó con presteza y se adelantó a hacerlo.

—Al señor Villa le abro yo, porque es un caballero muy fino que hace cariños a las porteras... Vamos, deme usted una palmadita

en la cara, como hace usted con Carmen—dijo provocativa y coqueta.

El comandante no se hizo repetir la orden y dió una palmadita en el rostro flacucho de la chica.

—Aquí lo tiene usted, doña Josefa... ¿Qué concepto va a formar de mí este caballero?

—El que usted se merezca, mal bicho... ¡Déjeme usted, chinchoso, leo, patoso! Parese mentira que sea usted de Cádiz. Meresía usted ser gallego.

Sanjurjo se puso sonrojado, to-

mando para él la alusión, mientras Villa estaba muerto de risa.

—¿Sabe usted, amigo Sanjurjo, por qué es todo esto? Pues, porque la señorita está enamorada de mí...

—¡Yo de usted, desaborio! ¡Con esas patas tuertas y esos andares de aperador!... ¡Que se le quite, grandísimo gallego!

Sanjurjo se puso todavía más colorado, como si le afrentaran directamente.

—Vamos, Pepita, no se ruborice usted, que una debilidad la tiene cualquiera.

—¡Ea, déjeme ya, so gallego!

—Espere un momentito, que le voy a presentar a este señor—dijo Villa, mostrando a Sanjurjo, que estaba como la grana—. Tengo el honor de presentar a usted a mi amigo don Ceferino Sanjurjo, joven de relevantes prendas, enamorado, galán, notabilísimo poeta... y mucho más gallego que yo—concluyó Villa, soltando la carcajada.

—Verdad, señorita—manifestó Sanjurjo con decisión—. Soy de la provincia de Orense.

—No importa—replicó la chica sin turbarse y mirando al nuevo amigo con ojos llenos de ternura.—El mereo ser gallego y usted andalú... Pero déjeme que le presente a mis hermanas Ramoncita, que me sigue a mí y que, si yo tengo

gana de casarme, ella no tiene gana, sino ganita... Y ésta es Joaquinita, la menor, y ésa no digo que tiene ganita, sino ganas de casarse... Y ahora pasen al patio, en donde hay música y charla a discreción.

Joaquinita era la más amable y la más bonita de las tres hermanas. Era también rubia y de ojos azules, un poco más rellena de carnes y de fisonomía dulce y simpática. Entabló conversación con Sanjurjo procurando alejarle de los demás y consiguiendo ir a sentarse con él en un rincón del patio, en donde le tuvo entretenido un buen rato con su charla de pájaro que no se fatigaba ni fatigaba al muchacho, ávido de distracción.

—Si me guarda usted la silla, voy y vuelvo en el acto—dijo de pronto, mostrándose inquieta.

—Se la guardo.

—¿De veras? ¿De veritas?

—De veritas.

—Pues vuelvo en el acto; pero guárdeme la silla.

Se alejó Joaquinita con unos saltitos de pájaro y corrió a su habitación, en donde una imagen de San Antonio con el niño en brazos mostraba la afabilidad de su rostro, propicio a todas las súplicas de las mocitas. Joaquinita encendió una a una todas las luces que estaban a



En uno de los bancos estaban sentadas tres monjitas.



—Di, chiquito, ¿te acordarás de mí cuando me vaya, o de los caramelos?



La hermana sonrió dejando ver aquellas filas de dientes blancos y menudos.



--Papa, el señor Sanjurjo-- dijo Isabel presentándoles.



—Yo te dictaré: «Querida Tula»...



—Haga salir del convento a la niña; pero ¡mucho cuidado, doña Tula!



Estaba tan «salalta» y reguapísima vestida de sociedad.



—Me atormenta el corazón el afán de decirle que la idolatro...

—¿Me encuentra usted linda de verdad?



Gloria entró escapada y le dió la enhorabuena.



Suárez no se separaba de ella...



—Véala usted, Sanjurjo. No debe seguir «eso» que hay entre Gloria y usted.



—Me vas a cantar unas seguidillas. Pero, ¿a mi solito, eh?



Gloria estaba radiante de dicha,
hermosísima.



—¿No saben vuestras caridades que me he casado?



—Perdona, hijo. Me estaban poniendo nerviosa...

los pies del santo, y le dijo con voz enternecida:

—Santito mío, has que encuentre un buen novio, simpático, apuesto y gentil... ¡aunque sea gallego!... Santito mío...

Volvió a bajar la escalera precipitadamente; pero antes de llegar al patio vió que la silla que ella había dejado vacía estaba ahora ocupada por otra mujer. Subió de nuevo, miró con enojo al santo, apagó a soplos las velas y con un mohín de disgusto marchóse otra vez, ya sin precipitaciones, convencida de que la silla seguiría ocupada por mucho rato, porque la que en ella se había sentado era la condesita de Padul y las de Anguita sabían bien el gancho que tenía aquella mujer...

La condesita de Padul era una mujer de belleza espléndida. Alta, rubia, delgada, con unos ojos negros, grandes, de macarena y una boca muy roja y de dulce expresión. El comandante Villa estaba locamente enamorado de aquella muchacha y su asiduidad al patio de las de Anguita era exclusivamente porque allí encontraba a la condesita de Padul, que, de vez en cuando, le concedía sus favores y le daba un rato de charla, con la que el comandante se sentía feliz, por lo menos, para toda una semana de desdenes.

Daba la feliz coincidencia de que la condesita de Padul era parienta lejana de Gloria Bermúdez, y el comandante Villa había prometido a Ceferino Sanjurjo presentarle a su amada, para que pudiera él hablarle de la suya y ver si, entre todos, conseguían desenmarañar la madeja enredada de la vida de la hermana San Sulpicio, que estaba encerrada en el convento contra su voluntad.

La condesita de Padul se llamaba Isabel y era, como queda dicho, una mujer de una belleza espléndida. Como, además, poseía una de las fortunas mejor cimentadas de Andalucía, no le faltaba nunca una buena corte de adoradores en torno suyo. Ella se mostraba afable y afectuosa con todo el mundo, pero particularmente se mostraba amable con Villa, que, en cuanto veía a la mujer de sus sueños, se transformaba en un hombre serio, reconcentrado, taciturno. El amor le ponía triste y le quitaba su franca espontaneidad andaluza. Isabel contestaba a sus admiradores con la misma sonrisa enloquecedora. Pero si a alguno distinguía, era a Villa, en quien posaba a menudo con amorosa expresión sus grandes ojos, inocentes y lípidos. Sanjurjo observó esto con un leve resquemorcillo de celos y sentía envidia al notar el estremecimiento

que aquella mirada clara producía en su amigo.

Cuando la condesita vino a sentarse a su lado, Sanjurjo estaba un poco cortado y esperó a que fuera ella la que iniciara la conversación que a él le interesaba.

—Tengo mucho que hablar con usted—le dijo ella, clavando sus pupilas grandes y brillantes en los ojos del joven—. Ya sé que está usted enamorado.

—¡Ese Villa!—exclamó Sanjurjo por decir algo.

—No se enfade con él, porque su indiscreción quizá redunde en beneficio de usted. Ha de saber usted que la monjita por quien pena es prima mía. No muy próxima, pero sí lo bastante para que pueda llamarla así. Su madre es prima segunda de papá.

Si algo hubiera faltado a aquella hermosa y amable joven para que fuera del todo simpática a Sanjurjo, fué aquella confesión tan espontánea por parte de ella, que le allanaba el camino y le llevaba precisamente donde él quería ir. La contempló con un embelesamiento tan grande, con un éxtasis religioso, que no pasó inadvertido para aquellos ojos que le miraban insistentemente.

—Así me gusta—le dijo sonriendo—; cuando se quiere a una mujer, ha de ser de veras.

Sanjurjo sonrió ruborizándose, como era su costumbre, y la condesita de Padul siguió diciendo:

—Nunca hemos tenido un trato muy íntimo, porque yo me he criado en Sanlúcar y ella entró de muy niña interna en el colegio. Tiene usted muy buen gusto, porque Gloria es muy graciosa y simpática. Siempre ha sido muy resuelta y un poco aturdida... Si no fuera por ese carácter alegre que Dios le ha dado, ya estaría muerta hace tiempo...

Entonces Isabel contó a Sanjurjo una serie de pormenores de la vida de Gloria. La tía Tula (madre de Gloria) era una señora bastante rara, que se había querido deshacer de su hija y por eso la había hecho entrar en el convento. Según parecía, habíase llevado a cabo aquello contra la voluntad de la propia Gloria. Y la condesita estaba decidida a ayudar a Sanjurjo a aclarar la situación de su prima, para que así pudieran ser felices.

—Estoy sumamente interesada en que logre usted lo que desea, tanto por mi prima, que es una lástima que consuma entre cuatro paredes su juventud, no teniendo vocación para ello, como por usted. Creo que de algo podré servirle en su campaña. Discurra usted y vea si puede utilizarme, que tendré mucho gusto en ello.

Sanjurjo le dió las gracias y en

ello estaba enfrascado cuando Joaquinita llegóse a ellos y dijo entre burlona y dolida:

—Isabel, hija, tú nos acaparas todos los pollos. Déjanos, siquiera, alguno, por compasión.

Isabel se alejó riendo y Joaquinita ocupó su silla, enfrascándose en una conversación que ya no interesaba a Sanjurjo, que tenía ahora el pensamiento lleno de Gloria y que quería meditar con calma la forma de sacarla del convento. La de lograr su amor, no le interesaba tanto, porque con la fanfarronería propia de todo el género masculino, estaba seguro de que la hermana San Sulpicio no había de desdeñarlo.

—Vaya, dígame con franqueza, ¿qué le parece a usted de la soirée de Cachupín?—preguntó Joaquinita con afectada volubilidad.

—¿Qué soirée?—preguntó Sanjurjo sin comprender por qué aquella señorita calificaba ella misma de cachupinada la reunión que se celebraba en su casa.

—Esta en que usted se encuentra. ¿Ha estado usted en su vida en otra más chusca?

—¡Oh!—exclamó Sanjurjo apresuradamente, queriendo congraciarse con la muchacha—. ¡Nada de eso! Es una tertulia muy agradable y distinguida.

—Con poca luz, ¿verdad?—dijo sonriendo maliciosamente.

—Así está mejor; la media luz en un patio de éstos hace muy bien; le da un carácter misterioso y poético.

—Pues, mire usted, nosotras no hemos querido haserlo más poético, sino gastar menos, ¿sabe usted?—repuso con desenfado, mirando a Ceferino a los ojos con una expresión de burla que inquietaba al joven gallego—. Antes era otra cosa; pero, hijo, se gastaba mucho y nosotras estamos más pobrecitas que las arañas. Y nos hicimos partidarias del oscurantismo. Antes poníamos también asucarillo en el agua, pero gravaban mucho el presupuesto y ¡fuera asucarillo!... Había pollito que se comía trece en una noche... ¡y no le pasaba nada!

Se refa ella y Sanjurjo la secundaba, divertido de veras por aquellas salidas de la chica, que le contaba con tan sencilla ingenuidad, salpicada de malicia, la decadencia de la casa de Anguita.

—Ni la casa de Austria ha venido más a menos—concluyó diciendo.

La tertulia concluyó tarde y Sanjurjo, después de haber prometido a las de Anguita volver cada noche mientras estuviera en Sevilla—lo que él quería era poder char-

lar con la Condesita de Padul y preparar con ella el terreno para libertar a Gloria—, se marchó al hotel un poco más animado y con unas grandes esperanzas almacenadas en el corazón, teniendo fe en su amor y en la ayuda de aquella sevillana rubia y distinguida que traía loco a Villa y que le había prometido, sinceramente, ayudarle en su empresa.

A la mañana siguiente, terminado el desayuno, Ceferino se disponía a salir a la calle para encaminarse al convento del Corazón de María y tratar de poder hablar con la hermana San Sulpicio, cuando se acercó a él una mujer del pueblo, muy limpia, muy pulcra, muy aliñadita, que fué a su encuentro y le dijo con el acento exagerado de la plebe andaluza:

—Señorito, perdone su merced. ¿No es su gracia Seferino?

—Ceferino me llamo — replicó mirándola con sorpresa.

Era una mujer de media edad y muy buen ver todavía, grandes ojos morunos, como andaluza castiza, un pañolito de seda al cuello y la cabeza descubierta mostrando un pelo negro y sedoso.

—¿Sanjurjo?

—Sanjurjo—afirmó el joven cada vez más extrañado.

—Pues tengo que darle a su mer-

cé un recaíto... ¿Quiere que entre-mo en el portal?

—Como usted guste — replicó Sanjurjo excitada su curiosidad y no comprendiendo a qué venía todo aquel misterio.

Ya dentro del portal la mujer sacó del pecho una carta doblada y se la entregó. Ceferino rompió el sobre apresuradamente, con un leve temblor en los dedos y fué directo a ver la firma. No la tenía.

—¿De quién es la carta?

—De mi señorita.

—¿Y quién es su señorita?

—¡Toma! ¿Quién va a ser? La señorita Gloria.

Sanjurjo sintió que el corazón le saltaba con impaciencia y se puso, no a leer, sino a devorar la carta, apretada la garganta y las manos trémulas. La buena mujer debió observar la turbación del muchacho, porque cuando éste levantó los ojos vió una sonrisa de simpatía en sus labios.

La carta decía lo siguiente, en una magnífica letra inglesa de colegio:

“Muy señor mío: Habiendo sido severamente castigada por la superiora, hasta privarme por cinco días de toda comunicación con mis hermanas y con las educandas, después de rogarlo con muchas lágrimas, me han dicho que la razón del castigo era que un joven cuyas se-

ñas coinciden con las de usted, se había presentado al Padre Sabino diciendo que era mi novio y que venía a sacarme del convento. Si fuera usted, como presumo, el autor de la gracia, merecía le tuviesen toda la vida encerrado en un calabozo. Le ruego que no vuelva a ocuparse de una pobre mujer a quien ha ocasionado y puede aún ocasionar serios disgustos."

Sanjurjo se quedó confuso y dolorido. ¿Qué había pasado? ¿Era posible que se cometiera con aquella criatura tamaña injusticia?

—¿Podrá usted venir por la contestación?—le preguntó a la mujer.

—¿Por qué no?

—¿Y le llevará la carta a la monjita?

—Sí, señorito, la llevará.

—Tome, tome esto; es por la carta; luego ya le daré algo más para la contestación—dijo poniendo entre la mano de la mujer un duro y alejándose a paso precipitado para que ésta no pudiera ver su turbación. La cosa no era para menos. Aquella carta daba al traste con todos sus proyectos amorosos. La tristeza, la cólera y el despecho armaban un verdadero motín en su cabeza. Por encima de todo, como sentimiento más vivo, asomaba el odio profundo contra el capellán y un deseo irresistible de vengarse de él a toda costa; pero convencido de que la venganza no había de llevarle a camino bueno, decidió como medida más prudente ir a visitar a la Condesita de Padul y contarle todo lo que acababa de ocurrir.

PREPARATIVOS PARA EL BLOQUEO

La hermana San Sulpicio, la tarde de aquel día en que Sanjurjo había tenido la mala ocurrencia de hablar con el capellán, fué llamada al despacho de la madre superiora en donde estaba toda la comunidad reunida bajo la presidencia de ésta y del mismo capellán.

La hermana sintió que algo malo le iba a ocurrir, y lo primero que pensó, fué en las seguidillas cantadas de tan buena gana en Marmole-

jo; pero no quiso dar importancia al asunto, y plantándose ante la superiora dijo con aplomo:

—La madre dirá.

El que dijo fué el capellán, que en tono severo la amonestó:

—Hermana San Sulpicio, ¿conoce usted a D. Ceferino Sanjurjo?

—No, señor—replicó Gloria negando como San Pedro.

—Hermana, haga usted memo-

ria. Este verano, en Marmolejo, conoció usted a un señor...

—¡Ah, sí!... Un señor que tenía unas grandes barbas y era muy gordo...

—No, ni tenía barbas ni era gordo. Un muchacho joven con el que usted habló muchas veces.

—¿Yo?... Pues no recuerdo—contestó la hermana San Sulpicio volviendo a negar.

—Sí, hermana, el médico que me visitó y que tan amable fué con nosotras—intervino la ex superiora.

—¡Ah!... Sí, el médico, aquel señor viejito de cabello blanco que andaba apoyado en un bastón.

—No, hermana, y basta de hipocresías—dijo el cura con firmeza, alzando la voz y mirando cara a cara a la hermana que se puso un poco colorada.

—Hermana—intervino entonces la superiora—, hemos acordado que se quede cinco días encerrada en su celda en castigo a su liviandad, separada de sus hermanas y de las educandas. Cinco días en los que podrá usted reflexionar sobre su conducta y hacer propósito de enmienda.

La hermana San Sulpicio no replicó y marchó, acompañada por otras dos hermanas, hasta su celda, a través de los largos corredores conventuales, seguida por la mirada curiosa de aquellas que no ha-

bían asistido al concilio y que ignoraban la causa del severo castigo impuesto a la hermana San Sulpicio.

Cuando se cerró tras ella la gran puerta de roble y se quedó sola, teniendo ante ella cinco mortales días de silencio y soledad, cogió la pluma y escribió la carta que ya hemos leído. Hubiera querido poner en ella mucha hiel. Pero Sanjurjo le era simpático y, aunque le costaba muy caro, le agradecía aquel paso dado tan a locas por el hombre enamorado.

Recibió allí mismo la contestación de Sanjurjo, concebida en términos muy vehementes, en la que hablaba de su naciente amistad con la Condesita de Padul y de todo cuanto tenían planeado para sacarla a ella del convento.

"Que estoy enamorado profundamente de usted, no necesito repetírselo, porque bien lo he demostrado—decía Ceferino en la carta—. Pero su carta me ha sumido en la desesperación; porque me persuado de que mis esperanzas han salido fallidas, y nuestras conversaciones de Marmolejo no han sido más que un sueño feliz, del cual conservaré un grato recuerdo toda mi vida. Suyo hasta la muerte. S." Y luego había añadido una postilata que decía: "¿Contestará usted esta carta? Si así no fuera

esperaré pacientemente su salida del convento, para verla siquiera una vez más y marcharme."

Gloria se había reído de aquella postdata y había contestado unas breves líneas que arrojó por la ventana cuando la mujer que le hacía de correo se paseaba disimuladamente en espera de la contestación que había prometido llevar al señorito.

Cuando Paca vió caer el papelito blanco, lo tomó y echó a correr con todas sus piernas. Le gustaba "er señorito de su señorita" y quería complacerle porque, además de gustarle, era pródigo, y a ella, casada y con cinco arrapiezos, no le venían mal las prodigalidades de Sanjurjo.

Cuando Ceferino vió aparecer a Paca se acercó a ella y le preguntó, impaciente:

—¿Trae usted carta?

—¿Qué me da su merse por éya?

—respondió la pícara mirándole con semblante risueño.

—¡Venga, venga! — exclamó temblando de anhelo, con ansiedad, temeroso al mismo tiempo de que, en efecto, quisiera hacérsela pagar cara.

Pero Paca no era ambiciosa y lo que quería era tener contento "ar señorito". Le alargó la carta sin dejar de sonreír y se quedó mirándole mientras él la leía. No contenía

más que unos renglones. Decía así:

"Sigue usted tan gitanillo como antes. Después que salga del convento hablaremos. Le esperaré en mi reja para darle a usted unas enormes calabazas."

El efecto que le causó al joven fué tan delicioso que se metió la mano en el bolsillo y dió dos duros a Paca, que se puso roja de alegría.

—Dios se lo pague a su merse, porque yo soy mu pobre y no se lo pueo pagá, señorito.

—Ya me lo pagas, Paca, ya me le pagas—contestó riendo Ceferino y mostrando triunfante aquella carta que le había devuelto la vida.

Ahora, contando ya con el beneplácito de Gloria, estaba decidido a dirigirse a Isabel y rogarle que le ayudara en la empresa.

Al día siguiente, correctamente vestido para causar mejor impresión, se personó Sanjurjo en la casa de los condes de Padul, situada en la calle de Trajano. La fachada no era suntuosa, pero por dentro era muy distinta. El patio, magnífico, con arquería de mármol primorosamente labrada: en el centro había un jardincito y por entre el follaje veíase blanquear una fuente monumental y se escuchaba el rumor del agua, como un canto de alegría entonado en el silencio señorial de aquella mansión noble y señora.

Salió a recibirle Isabel, sonriente y hermosa como un sueño. Sus cabellos dorados lucían mejor con los reflejos azules que les prestaba el elegante vestido que llevaba y que acentuaba la esbeltez de su figura delgada, de Tanagra o de odalisca. Comprendió Sanjurjo mejor que nunca el loco amor que despertaba en Villa aquella mujer encantadora y sus ojos debieron expresar tan sincera admiración que ella se ruborizó levemente mientras le tendía la mano y le decía:

—Papá no está en casa todavía.

—Entonces me retiro; ya volveré.

—Nada de eso; pase usted, que no tardará en llegar y entretanto nosotros charlaremos de lo que a usted interesa.

Le hizo pasar a un salón, lujosamente decorado con tapices y objetos antiguos de gran valor. Allí se sentaron y Sanjurjo contó a Isabel todo lo que había mediado entre él y Gloria, abriéndole su corazón confiadamente porque le inspiraba confianza la mirada abierta, franca, amable de Isabel y sentía en ella una buena aliada.

—Verá usted como papá se lo arregla todo. No tiene gran confianza con tía Tula, pero yo estoy segura de que tía Tula hará lo que papá le mande.

—Y su papá, ¿no pondrá reparo

en intervenir en un asunto que no le importa?

—¡Oh! Papá hace siempre lo que yo quiero. Mire, aquí viene ya. Vrá qué fácil es de convencer.

En efecto, llegaba a ellos un caballero de pelo canoso, pero fuerte y ágil como un joven, vestido a la usanza de Andalucía, con un rostro franco y jovial que se captó en seguida las simpatías de Sanjurjo, quitándole el miedo que hasta entonces había sentido. Era un hombre de palabra grave y reposada, de modales aristocráticos sin altivez, en los que se traslucía su linaje, y acompañaba su discurso una leve e insinuante sonrisa que le capturaba las simpatías inmediatas de cuantos le trataban. Era el perfecto tipo de la caballerosidad a la antigua usanza española.

—Papá, el señor Sanjurjo—dijo Isabel presentándoles.

—¡Ah, caballero! ¿Conque voy a tener el gusto de llamarle pronto pariente?—preguntó el Conde de Padul estrechando efusivo la mano de Sanjurjo.

—Señor Conde—respondió el muchacho sofocadísimo—, el honor sería para mí... pero no hay nada de eso.

—¿Por qué no? Mi sobrinita le quiere a usted... Usted la quiere a ella... Se casan, y en paz.

—Para llegar ahí hay mucho ca-

mino que andar—respondió Cefelino con melancolía.

—Se andará—dijo Isabel.

—Bueno, ¿y qué quieren ustedes que yo haga en este asunto?—preguntó el Conde sonriendo y dirigiéndose a la vez a su hija y a Sanjurjo.

—Queremos que trabajes para que Gloria salga del convento. Por confesión de ella misma tiene deseos de salir. Hay obstáculos que al parecer se lo impiden. Quiero que tú los desbagues.

—¡Quiero! Mejor dirías ordeno y mando—dijo el Conde soltando una carcajada—. ¿Qué le parece a usted de la princesita? ¿Sabe o no sabe mandar?

Sanjurjo se limitó a sonreír con benevolencia mientras Isabel tomaba a su padre del brazo, le llevaba ante el escritorio, le obligaba a sentarse ante él y le decía:

—Verás, como primera providencia vas a escribir a la tía Tula.

—¿Y qué le digo?

—Yo te dictaré... Querida Tula:

—¿Querida? ¡Si nunca nos hemos podido sufrir!

—No importa, escribe: Querida Tula: Como he sabido que Gloria está en el convento contra su voluntad te ruego encarecidamente que la hagas salir en seguida para que no me obligues, con tu conducta, a tomar cartas en el asunto y a acla-

rar ciertos puntos oscuros que mejor es sigan en la obscuridad. Ya sabes que siempre te quiere y te manda un abrazo tu primo...

—Pero criatura, ¿hasta quieres que la abrace?

—Te manda un abrazo—dictó Isabel, implacable, obligando a su padre a escribir aquella última frase.

—Es una chiquilla malcriada—dijo el Conde riendo halagado, feliz de tener una hija tan sencillamente encantadora—. Ya quisiera ver yo la cara que pondrá Tula cuando lea esta carta. Mi prima Tula es muy rara... muy rara.

Pero Sanjurjo se quedó sin saber cuáles eran las rarezas de su futura suegra, y, no queriendo molestar más, se apresuró a despedirse y marchó al hotel a esperar los acontecimientos.

Esperó cuatro días, cuatro días largos, mortales, tediosos, terribles, durante los que sufrió angustias dantescas e inquietudes que parecía no iban a tener fin. ¿Qué resultado habría dado la carta del Conde de Padul?

La carta del Conde de Padul había sido abierta y leída por D. Oscar, aquel oscuro administrador que gobernaba los destinos de la casa de Bermúdez y que tenía a doña Tula metida en un puño. Las malas lenguas decían que don Os-

car y doña Tula... Pero, ¿qué más daba todo eso? A Sanjurjo lo único que le interesaba era Gloria y, si podía llegarla a obtener, se la llevaría muy lejos, muy lejos de todo aquello que pudiera hacerle daño.

Don Oscar se había quedado livido al leer los renglones del Conde y había llamado a doña Tula a su despacho, para darle a conocer el contenido de aquella carta, que no era muy halagüeño y que venía a derribar todos sus planes. La fortunita de Gloria había tentado a aquel pulpo que estaba chupando la sangre de los Bermúdez y ahora veía que iba a escurrirse de sus dedos, precisamente en el momento en que más segura creía tenerla.

—¿Qué piensa doña Tula de todo esto?—preguntó don Oscar después de haber leído la carta.

—Ya sabe usted que yo sigo siempre su consejo y en este asunto más que en otros, porque se trata de mi hija.

—Entonces, creo que será lo más prudente, de momento, hacerla salir del convento. Su primo de usted, el Conde de Padul, es un mal enemigo. Persona influyente, de mucho dinero, podría hacernos todo el daño que él quisiera si nos poníamos en contra de su voluntad. Haga salir del convento a la niña. Pero mucho cuidado, doña Tula,

¡mucho cuidado!... La niña es de pronóstico y hay que vigilarla de cerca para que esta casa no vuelva a ser un infierno como cuando ella estaba aquí.

Así convinieron aquellos dos personajes oscuros que eran la sombra negra de Gloria y al día siguiente, doña Tula, en el coche de la casa, fué al convento a recoger a Gloria que salió de él contenta como unas castañuelas repiqueteadas por unos dedos felices.

Paca, que se enteró en seguida de la noticia, fué corriendo al hotel donde se hospedaba Sanjurjo y, después de sostener una batalla con el botones y el portero que no la dejaban pasar, consiguió llegar hasta las habitaciones del señorito:

—Prepárese usted a recibir una noticia...

—¿Qué hay?—preguntó Sanjurjo alarmado.

—La señorita Gloria está ya en su casa...

—¿Cómo? ¿En su casa? ¿Desde cuando?

—Sí, señorito, en su casa—asentía Paca riendo feliz ante la emoción honda de Ceferino.

Y le contó con una prolijidad que a él se le hizo larga, porque ardía en ansias por leer el billetito que Paca misma le acababa de entregar y en el que había visto la letra de Gloria, todos los pormeno-

res de la salida de la señorita Gloria. Le contó cómo doña Tula la había ido a buscar en coche; la grosería que con ella usaron en el convento, no saliendo a despedirla nadie más que el capellán; lo bien que le sentaba a la señorita el traje de sociedad; la alegría de todos al verla tan "saladita y tan reguapísima" y todas las palabras que con ella había hablado. Por fin, la buena mujer, después de haber desahogado su alegría, se marchó y Ceferino pudo leer el billete escrito por la que ya no era la hermana San Sulpicio:

"Ya estoy fuera del convento—le decía—. Si usted quiere recibir las calabazas prometidas, pase usted a las once por delante de mi casa. Estaré a la reja y hablaremos."

Puede juzgar cualquiera la viva alegría que aquella carta debió producir al ensomorado galán. Todos

sus sueños se realizaban de una vez. Gloria le quería, le daba una cita, y esta cita tenía el singular atractivo para un poeta y un hombre del Norte de ser a la reja. ¡La reja! Aquel nombre despertaba cierta fascinación en la imaginación del poeta que más de una vez se había atrevido a cantar, sin conocerlo, todo el lirismo de una noche pasada al pie de una reja, a la luz de la luna, entonando a la amada coplas sentimentales a los acordes de una guitarra...

Ahora la realidad era muy otra... Pero era "¡a la reja!"... Y aunque la realidad se apartara de todo el convencionalismo poético, nunca había soñado Ceferino que fuera tan emocionante y, sobre todo, tan bello, encaminarse de noche, por las callejuelas de Sevilla, a la reja de la amada...

CEFERINO SANJURJO PELA LA PAVA

No reparó Sanjurjo, al entrar en la calle de Argote y Molina, a las once de la noche, si había en el cielo luna y estrellas. Debía haberlas, porque son cosas naturales en una noche de junio de Andalucía; pero él no reparó. Lo que sí vio divinamente fué al sereno que estaba arrimado con su chuzo y farol

a una puerta no muy lejos de la de Gloria.

—¿Habrás que esperar que este tío se vaya?—se preguntó de mal humor.

Por fortuna, el sereno, después de espiarle unos minutos, se apartó de aquel sitio y se fué calle arriba

dejando el terreno libre al enamorado.

Ceferino Sanjurjo no acudía a la cita como él lo había descrito en sus versos desde su humilde despacho de médico rural en Bollo, sino que iba, simplemente, sin guitarra ni capa, vestido de sencilla e inofensiva americana. Tampoco montaba brioso corcel negro, tordo o alazán. Iba sobre las propias y miserables piernas, que por cierto le temblaban demasadamente al acercarse a las ventanas de la casa. En una de ellas vió blanquear un bulto y se aproximó hasta tocar en las rejas.

—¡Gloria! — exclamó muy quedo.

—Presente — respondió la voz fresca y risueña de Gloria que se acercó a la reja mostrando la nacarada blancura de sus dientes entre sus labios muy rojos.

Sanjurjo contempló aquella graciosa cabeza desnuda que se inclinaba ante él y vió aquella sonrisa hechicera y burlona que tenía dibujada en el alma. Vió lucir sus ojos negros de terciopelo, que brillaban en la noche con un fulgor deslumbrante. Quedóse inmóvil, sobrecoigido, como si estuviese delante de una aparición sobrenatural. Y no supo más que decir:

—¿Cómo sigue usted?

Acercóse ella la mano a la boca

para ocultar su risa y después de unos instantes de silencio, contestó:

—Bien, ¿y usted?

—¿Cuántos deseos tenía ya de que llegase este momento!... — exclamó Sanjurjo comprendiendo que estaba haciendo el ridículo y poniéndose colorado hasta la raíz del pelo. — ¡No puede usted imaginarse el ansia con que lo esperaba, Gloria!...

—¿Y por qué tenía usted tantos deseos?

—Porque me atormentaba en el corazón el afán de decirle a usted que la idolatro.

—¡Noticia fresca! — exclamó riéndose con una fresca carcajada que le desconcertó. — Pues, hijo, si me lo tiene usted repetido cuarenta y una veces. Lo llevo por cuenta.

—Entonces será para decirse lo la cuarenta y dos. Lo que nos está pasando, Gloria, parece una novela. No hace siquiera tres meses que la he conocido, y creo que he vivido tres años desde entonces. ¡Cuánto cambio! ¡Cuánta peripecia! Era usted una religiosa, y hoy la encuentro transformada en una linda señorita.

—¿Me encuentra usted linda de verdad? — preguntó ella mirándole con sus ojales llenos de luz.

—Preciosa.

—Mil gracias. ¡Qué sería si usted me viera! — exclamó riéndose.

—La veo a usted... no bien; pero lo bastante para apreciar lo favorable del cambio.

Hubo un momento de silencio y, embarazado por él, el chico, que era de una timidez invencible, dijo al fin:

—¿Este cuarto es el de usted?

—Esto no es cuarto, es la sala de recibo.

—¡Ah!...

Y volvió el silencio. Notaba que los ojos negros estaban fijos en él y, la verdad sea dicha, no se le figuraba que estaban impregnados de amor, sino más bien de curiosidad burlona.

—¡Si viera usted, Gloria, qué tristeza he pasado estos días en que no tenía noticias suyas! Creí que me había usted olvidado.

—Yo no me olvido nunca de los buenos amigos. Además, le había prometido una cosa, y de ningún modo quería dejar de cumplir mi promesa.

—¿Qué cosa?

—¿No se acuerda usted?... ¡Las calabazas!...—exclamó ella mirándole cada vez con más picardía.

—¡Ah, sí!—contestó él riendo también—. Pues bien, Gloria, no otra cosa vengo a hacer aquí sino a que usted me desengañe si estoy engañado, o a que usted confirme mis esperanzas de ser querido, si tienen algún fundamento. Puesto

que ya cuarenta y una veces le he repetido que la adoro, como usted dice, no necesito expresárselo de nuevo. Desde que la vi y la hablé en Marmolejo me tiene usted prisionero por la admiración y el cariño. En sus manos está mi suerte y espero con zozobra mi sentencia.

Gloria tardó unos instantes en contestar. Tosió un poco, y dijo al cabo:

—Ha llegado el momento fatal. Prepárese usted, que allá van... Señor don Seferino, mentiría si le dijese a usted que desde los primeros días en que hablé con usted en Marmolejo no había comprendido que me estaba usted galanteando. Estos galanteos me han costado algunos diagnósticos; pero no le guardo a usted rencor. Antes o después tenía que estallar el trueno, porque estaba resuelta a no quedarme en el convento. Usted me ayudó mucho a salir con la mía y por ello le estoy agradecida... Pero una cosa es el agradecimiento y otra el amor... Le estimo, me es simpático; pero soy franca, no quiero que viva más tiempo engañado. Seré amiga sincera de usted... Novia, no puede ser.

Aquellas palabras fueron pronunciadas en un tonillo tan irónico que podía hacer creer que se trataba de una broma. Sanjurjo, haciendo un esfuerzo sobre sí mismo, por-

que estaba sumamente turbado, exclamó soltando la carcajada:

—¡Vaya unas calabazas bien fabricadas! Parecen talmente naturales.

—¿Cómo? ¿No cree usted lo que le digo? ¡Hijo, no está usted poco pagao de su personita!

—No es que esté pagado de mí, Gloria — repuso poniéndose grave —, es que me cuesta trabajo creer que haya aguardado tanto tiempo para darme calabazas.

—¡Si no me las ha pedío usté hasta ahora!

—¿Pero habla usted en serio, Gloria?

—¿Por qué no? Vamoa, usté se ha figurao que porque yo he aceptado su ayuda para salir del convento, quedaba comprometida a adorarle, ¿no es cierto?

Sanjurjo comprendió, de repente, que había estado haciendo el tonto de un modo lamentable y que aquella muchacha se había burlado despiadadamente de él. La indignación y la ira le hicieron decir con voz ronca de cólera:

—Lo que es usted una solemnísima coquetuela, indigna de fijar la atención de ningún hombre formal. No me pesa del tiempo que he perdido queriéndola; me pesa, sí, de haberla querido. Creí que bajo su aparente frivolidad se ocultaba un corazón, pero veo que no hay más

que vanidad y aturdimiento. Me alegro saberlo de una vez, porque de una vez la arrancaré de mi corazón y mi pensamiento, donde nunca debió usted haber estado. Quede usted con Dios y hasta nunca.

Había tenido hasta entonces sus manos crispadas cogidas a los barrotes de la reja. Al querer separarlas de ella para marcharse sintió la presión de las suyas, suaves y finas como plumón de cisne, y escuchó una leve carcajada que le dejó perplejo y clavado en el suelo.

—¿Eso! ¡eso! ¡Así me gusta usted, hombre! Ya iba empalagada de tanto dulce...

—¿Qué quiere decir esto, Gloria?—preguntó él, confuso.

—Quiere decir que no sea usted tan melosito, porque el jarabe cansa y el insienso marea. Mire usted, ha adelantado más en un momento, llenándose de improperios, que en tres meses de lisonjas. Usted dirá que me gusta que me den con la badila en los nudillos. Pue ser. Pero yo le digo que a ningún hombre le sienta mal una mijita de genio.

—¿Sí? Pues aguárdese un poco, que voy a comenzar a insultarla a usted otra vez—dijo riendo, pasado ya el susto y el coraje.

—¡No, no!—exclamó ella riendo también—. Por hoy basta. Vete, que es tarde.

—Un poco más, salada. Aun no es media noche.

—Sí, en la Giralda ha sonado ya la una. Adiós.

—¿Y te marchas así, sin darme la mano?

Se la alargó y, como era lógico, él la llevó a sus labios y la cubrió de besos hasta que ella hizo esfuerzos desesperados por desasirse de aquel apretón fuerte y lleno de ternura que la había hecho feliz.

En aquella dulce y memorable sesión quedó asentado y reconocido el amor de los dos jóvenes. Gloria prometió a su novio que por nada del mundo volvería al convento y que no le importaba nada que su madre y Don Oscar se enteraran de sus relaciones, porque más tarde o más temprano tendrían que enterarse de ellas y trabajito les daba si querían llevarle la contraria.

En sus ojos hermosos vió Sanjurjo aparecer una chispa de traviesa provocativa que le convenció, en efecto, de que no sería empresa fácil conducirla por caminos que ella no quisiera seguir.

Sanjurjo no se decidía a soltar aquella mano morena y firme que pugnaba por deshacerse del yugo que la retenía, y el joven besaba con glotonería aquella golosina tibia y dulce de la que jamás se hubiera saciado.

—¡Basta, chiquillo, basta!...

¿Crees que se va a concluir de aquí a mañana?

Se retiró con pena de la reja, y se retiró porque ella había cerrado las celosías. Marchaba ebrio de amor y de alegría. Tampoco ahora reparó si las estrellas centelleaban allá arriba con suave fulgor, ni si la luz de la luna se filtraba por el laberinto de calles oscuras, manchándolas aquí y allá con jirones de plata. Llevaba dentro del alma un sol radiante que le ofuscaba y le impedía observar tales menudencias.

Desde aquella noche fué Ceferino todas las noches a charlar con su novia largamente por la reja de la sala, y allí, pegadito a ella, se estaba dos o tres horas que siempre se le hacían cortas. El sereno, en cuanto le veía llegar, se marchaba calle arriba y no aparecía por aquellos contornos en toda la noche. Ceferino se hacía lenguas de la discreción de aquel hombre al que alguna vez daba una propinilla en pago a su discreción.

A las pocas noches Gloria le dijo:

—¿Sabes lo que se me ocurre en este momento? Pues se me ocurre que debías entrar en casa y ser amigo de mamá y de don Oscar.

—¿Quién es don Oscar?—le preguntó insidiosamente, pues aunque vaga, ya tenía noticia de quién era

y qué representaba este personaje en la casa.

—Don Oscar—dijo con alguna vacilación—es un señor que administra la hacienda de mamá... Es antiguo amigo de la familia.

—¿Y vive con vosotras?

—Sí, desde hace tres o cuatro años... Importa mucho que tú te hagas amigo de este señor, porque mamá no ve más que por sus ojos. Lo mejor para ello es que vengas recomendado por algún carlista de los gordos, ¿sabes? Así te recibirá con los brazos abiertos. El padre de Isabel es también un poco carlista; él te dará la recomendación que necesitas.

—Haré lo que tú quieras.

—Está bien... Así, cuando nos casemos, haremos un viaje a Francia y pasaremos por las Vascongadas. No detendremos en Vergara, en el colegio en donde estuve dos años... Tengo muchas ganas de ver a aquellas monjitas... Porque tú y yo nos casamos... eso es cosa resuelta... Mi madre podrá tener intención de vestir imágenes; pero desde ahora renuncio al empleo.

Sanjurjo rió de buena gana, porque le halagaba aquella resolución y le dijo que haría todo cuanto ella ordenase si lo creía necesario para la obtención de aquel fin que ya se le estaba tardando demasiado.

—¿Pare usted el carro, compa-

dre!—dijo ella soltando el trapo—. ¿Habrás visto niño impasiente? Empiesa haciéndote amigo de Don Oscar... Luego ya veremos cómo van las cosas.

Así lo acordaron y Ceferino siguió viviendo en el mejor de los sueños. Cada noche acudía al patio de las de Anguita, de nueve a once. A las once se despedía y marchaba a casa de Gloria en donde le esperaba ella para charlar con su palabrería zalamera y graciosa que le trastornaba el cerebro y le llenaba de dicha el corazón.

La tertulia de las de Anguita comenzaba a pesarle, porque Joaquinita se ponía muy pesada y no le dejaba vivir con sus asiduidades, buscándole por todos los rincones y yendo a turbar las charlas que tenía con la condesita de Padul que era la confidente de sus amores con Gloria. Las de Anguita sufrían sólo a la condesa de Padul porque su presencia en el patio era la seguridad de que a él concurriría mucho elemento masculino y entre todos... ¿quién sabe si San Antonio les traería al elegido! Y Joaquinita parecía esperar que el elegido fuera Ceferino Sanjurjo que ya no sabía cómo deshacerse de ella.

Cuando se separaba a un rincón con la condesita, en seguida venía la chica a estorbar la charla:

—¿Pero qué tapujos se traen ustedes? ¿Contra quién conspiran?

Isabel, con el mayor aplomo, sonriendo plácidamente, le respondió:

—Contra ti.

—¡Puede!—replicó la de Anguita, riendo para disimular su recelo.

—La pura verdad—insistió Isabel con mala intención.

—Sí será; porque yo no te he sido nunca simpática—afirmó Joaquineta con acento irritado.

—En efecto, lo que se llama simpática, no me lo eres—contestó Isabel con la misma sonrisa dulce con que hubiera dicho el más cortés de los adjetivos.

Sanjurjo estaba violentísimo y no sabía qué hacer para que la conversación cambiara de derrotero. La providencia lo protegió. El malagueño aquel a quien había conocido en Marmolejo y con el que había compartido la habitación, llegaba en aquel momento al patio de las de Anguita. Por aquella tertulia pasaban todos los forasteros, como habían ya pasado todos los naturales. No es que a Sanjurjo le llamara la atención la entrada de Suárez, que en aquel momento, acaso en el único de su vida, había sido oportuna; pero, ¿por qué no decirlo? le causó también bastante malestar, porque se acordó de todo lo que

había mediado y de que al malagueño también le gustaban los ojos negros de Gloria.

Sanjurjo y Suárez se saludaron como gentes que se conocen muy superficialmente y Ceferino tuvo el placer de comprobar que, ni en aquella primera noche, ni en las sucesivas, Suárez ni le buscaba como amigo ni le huía como enemigo, sino que le hablaba con toda naturalidad, como a un simple conocido al que no se concede importancia.

Cuando llegaban las once Sanjurjo se marchaba muy feliz, mirando a Suárez que le seguía con sus ojos hasta la cancela. Sanjurjo veía la mirada del malagueño, luciente, maliciosa, pero no le importaba. También él le miraba como diciéndole:

—Ya sabes donde voy. ¡Rabia, antipático, rabia!

El malagueño no parecía enterarse, y tan indiferente se mostró, que Ceferino, confiado como todo buen enamorado, llegó a creer que Suárez había desistido por completo de sus pretensiones respecto a ella y le dejaba el campo libre. Pronto tuvo ocasión de comprobar todo lo contrario.

Pero antes de seguir adelante debemos decir al lector que Ceferino Sanjurjo, provisto de la carta de recomendación de un conocido car-

lista sevillano, se había dirigido a don Oscar, que era el ogro al que debía amansar por orden de Gloria.

Le habían hecho pasar a una salita oscura, silenciosa, amueblada al viejo estilo y que respiraba un aire de mojigatería que la hacía poco grata. Después de esperar más de diez minutos había aparecido don Oscar, que era un hombre de estatura menos que mediana, pero fuerte y corpulento y tenía unos grandes bigotes que tapaban por lo menos la mitad de su rostro.

Después de leer la tarjeta de presentación don Oscar se mostró muy complacido, le invitó a sentarse y departió largamente con él, preguntándole luego en qué podía servirle.

Ceferino le dijo que deseaba un empleo para mientras durara su permanencia en Sevilla, que dependía de la marcha que tomara el asunto que a aquella ciudad le había llevado.

—Aquí, en Sevilla, es ahora un poco difícil encontrar empleo; pero como yo siento gran interés en complacerle, con el beneplácito de la dueña de la casa, puedo emplearle aquí mismo; usted me ayudaría a llevar los libros. A mí me gusta mucho el orden. Con orden todo puede arreglarse. Distribuya usted bien el dinero, y todos seremos felices. Voy a presentarle a doña Tula;

verá usted qué mujer tan simpática y tan inteligente.

Llamó a voces a la señora de la casa y poco después Ceferino era presentado a la madre de Gloria, que era una señora bajita, de pelo blanco, en el que aun se veían mechass doradas, y rostro que se adivinaba había sido bonito en su juventud. Sin embargo, el conjunto no era simpático. Había en aquella figura un no sé qué de estrafalario y misterioso que chocaba y repelía. Mas el pensamiento de que era la madre de Gloria le hizo mirarla con vivo interés y mostrarse amable con ella para que asintiera en la proposición que iba a hacerle don Oscar.

Doña Tula encontró muy bien que el joven entrara a trabajar con don Oscar, puesto que éste lo decía, y después de haberle dado una serie de consejos y amonestado seriamente para que cumpliera siempre estrictamente todas las órdenes que le dara don Oscar, quedaron convenidos en que desde el siguiente día iría a trabajar,

—El sueldo será corto, porque los tiempos corren malos lo mismo para los pobres que para los ricos; pero de momento puede usted acomodarse aquí hasta que encuentre una cosa mejor. Voy a enseñarle lo que tendrá que hacer.

En el momento en que don Oscar

salió para ir en busca de los libros de contabilidad, entró escapada Gloria, estrechó la mano de su novio, le dió la enhorabuena por lo bien que había desempeñado su papel y volvió a salir sigilosamente, dejando pagado a Ceferino todo el insostenible tedio que le había producido su conversación con aquel hombre repulsivo al que ahora tendría que ver cada día.

Trabajaba pacientemente, esperando la noche en que iría a pelar la pava a la reja de Gloria, y con la idea de que aquello no podía ser muy largo, se sometía a todas las exigencias de aquel hombre meticuloso que le tenía tasado el tiempo y medido y distribuido con "su método" enervante y desesperador.

No faltaba Sanjurjo ninguna noche al patio de las de Anguita, y desde que allí había sido presentado, tampoco faltaba el malagueño, que no perdía de vista a su rival, mostrándose muy complacido cuando veía a Ceferino embebido en la conversación de Joaquinita.

Aquella noche, cuando Sanjurjo llegó al patio, Suárez ya estaba en él y conversaba animadamente en un grupo de niñas que le reían sus gracias un poco groseras. Al entrar, su mirada, casi siempre agresiva, se clavó en Ceferino con expresión maliciosa de burla y desprecio, que le lastimó como una

bofetada. Le pagó con otra fría y desdeñosa, y se dispuso a sentarse al lado de Joaquinita por no unirse al grupo en el que estaba Suárez. Pero el malagueño fué a él risueño, se sentó también al lado de Anguita y le dijo con rudeza:

—¿Para qué me perzigue usté a este gachó, si ya está amartelaito perdido por otra niña sevillana?

—¿De veras está usted enamorado, Sanjurjo?—preguntó Joaquinita visiblemente contrariada.

—Cuando el señor lo dice...

—Diga usté que sí... Ez una morena hazta allí... con unos ojos negros como dos bozales... ¡ham! dispuestos a comérsele a uno... ¡Y unos andares, que el suelo cruje de gusto cuando siente su taconeo!... ¡Luego un arma que ni la de un violín!... y maz sentío que un Miura...

Aquellos elogios brutales causaron indignación en Sanjurjo, que dijo sonriendo rabiosamente:

—Le falta a usted lo mejor.

—¿Qué?

—Que tiene cien mil duros de dote.

—¡Eso él!—replicó sin inmutarse—. Ademá ze encuentra uno con el inconveniente de los cien mil duros... ¡Diga usté ahora si este zeñó no ez ma zabio que Victor Hugo!...

No hubiera acabado bien aquella charla si el malagueño no ha-

biera puesto fin a ella, alejándose del grupo de Joaquinita y Ceferino, que continuaron platicando, ahora acosándole ella a preguntas que él no quería contestar.

Suárez, acercándose al reloj grande que había en uno de los rincones del patio, aprovechó un instante en que todos los invitados bailaban alrededor de la fuente mientras la gallinita ciega estaba en el centro del ruedo, en espera de encontrar a la persona a quien buscaba, y con mucho tiento atrasó media hora la manilla, marchándose a la calle de puntillas, vigilando que nadie le viera y corriendo, en cuanto estuvo fuera del alcance de las miradas, corriendo como si temiera llegar tarde a una cita.

Sanjurjo no se dió cuenta de la desaparición de Suárez, ni tampoco de que el reloj había desandado el camino recorrido. Cuando vió que iban a dar las once, se despidió de las muchachas, y marchó, como todas las noches, camino de la reja, en donde ella estaría esperándole.

Cuando dobló la esquina y vió la reja donde cada noche departía con su amada se quedó helado de estupor. Arrimado a ella había otro hombre. Primero pensó que era el sereno. Después que se trataba de un borracho. Luego que aquel hom-

bre no estaba arrimado a la reja donde Gloria le hablaba, sino a la de otra ventana. Todo esto lo pensó en menos de un segundo, mientras se acercaba con cautela y se convenció que, en efecto, era un hombre que estaba departiendo con su novia, como departía él todas las noches. Dió unos pasos más y vió que el hombre era, sin género de duda, el propio Suárez. Si en aquel momento le hubieran dicho "tu padre se ha muerto", no hubiera recibido impresión más cruel. Miraba y no quería creer. Volvió a ocultarse en el recodo de la esquina y esperó allí, con el alma encendida en todos los odios y todos los rencores, a que Suárez terminara aquel coloquio.

Cuando el malagueño se apartó de la reja después que las celosías se hubieron cerrado, Sanjurjo le salió al paso.

—Una palabra—le dijo.

Suárez se puso atrozmente pálido, retrocedió dos pasos, llevó rápidamente la mano al bolsillo, sin duda en busca de un arma, pero avergonzado de aquel movimiento, la dejó caer otra vez y preguntó, fingiendo tranquilidad:

—¿Qué se ofrece?

—Tengo que hablar con usted dos palabritas.

—Laz que uzte quiera.

—Quiero decirle a usted que

después de lo que ha pasado esta noche, usted comprenderá que necesito matarle.

—Compare, no comprendo esta necesidad... Pero si usted la siente no debía darme aviso, porque ahora va a costarle una mijita más de trabajo...—dijo con aplomo mordaz.

—No soy un asesino. Aunque lo que usted ha hecho conmigo es una indignidad... una porquería, voy a hacerle a usted el honor de batirme con usted.

Sanjurjo había tomado muy en serio su papel de amante ofendido.

—Estimando ese honor, compare, ¿sabe usted lo que estoy pensando? Que lo que usted quiere, por lo visto, es buya...

—Bulla, no. Quiero matarle a usted. Ya se lo he dicho.

—E igual, porque yo no he de morir sin un poquito de buya. Pero voy a decirle a usted un sentimiento que tengo ayá dentro, y no lo echo usted a mala parte... Creo yo que tóo eso del duelo y la espada es una guasa. Cuando un hombre le hace a otro mala zangre, pa dezahogarse no necesita tanto compás de espera, ¿sabe usted? Además, el matarse en este caso me parece una gran zimpleza.

—Será lo que usted quiera, pero estoy resuelto a que nos matemos.

—¡No se apure usted, buen hombre! Nos mataremos. Noz matare-

mo, si usted tiene tanto empeño... Pero conzta que yo, cuando le he visto a usted a la reja de esa niña, no he ido a buzarle buya...

—¡Hombre, tiene gracia! ¿Y por qué me la había usted de buscar?

—Pues por la misma razón que usted me la buza a mí... ¿Ex usted el mario de esa joven...? ¿Ex usted su pare o su hermano...? Pues entonces, ¿con qué derecho me quiere usted privar de hablar con esa si tiene guzto de hacerlo?... ¿A usted le gusta su palmito y su aquí?... También a mí. ¿A usted le han apetecido los cien mil duros de la dote? Lo mizmito me ha sucedido a mí, compare. Usted ha comenzao a hacerle la rozca... Yo también se la he hecho. Etamos igualito... Llevará el gato al agua el que la niña quiera. Parece que ahora soy yo... ¿Qué quiere usted hacer?

El tono guasón y mordaz al mismo tiempo del malagueño exasperaba a Sanjurjo, que le dijo iracundo:

—Se preocupa usted mucho de los duros de esa señorita.

—¿Y usted lez ezeupe, compare?

—Le suplico que no me llame usted compadre —dijo Ceferino, exasperado.

—Hombre, dizpenze... está usted muy nerviociyo... Que no le haga buena tripa el verme a la reja de la niña que usted creía chalaíta, se

comprende bien; pero que uté ze dispare de eze modo, vamo, compare... (uté dispense, amigo) me parece a mí... digo, que no está en lo naturá...

—No me disparo porque esa mujer u otra cualquiera deja de quererme o prefiera a otro. Es muy libre de hacerlo. Lo que no tolero es lo que usted ha hecho, con bien poca delicadeza por cierto... preparar una escena vergonzosa con el sólo propósito de humillarme. Si usted se hubiera dirigido a mí, diciéndome: "Gloria ya no le quiere a usted, me quiere a mí", en cuanto lo comprobase convenientemente, le dejaría a usted el campo libre.

—Alto abí, compare... (digo, amigo). Zi he venío a la reja ha xido por empuño de la niña. Ez míz, quize oponerme a eyo porque sabía que eza era la hora en que uté echaba zu parrafíyo; pero la niña la tomó por tóo lo alto y no hubo máx remedio que conformarse.

—Permítame que lo dude.

—Uté ez mu dueño. Zi uté quiere convencerze, véngaze mañana a la reja conmigo y ze lo preguntamo. Seguro eztoy que no me dejará por embuztero.

—Yo no tengo que presentarme otra vez delante de esa... Está bien. Puesto que ea ella sola la que ha querido ofenderme, nada de lo dicho. Quede usté con Dios.

—Con Dió, compare —contestó Suárez, sin detenerle, sin contestar a ninguno de los insultos que Sanjurjo le había lanzado, sin recoger ninguna de las frases con que había querido herirle.

Sanjurjo marchó calle abajo, aguijoneado por el latigazo de la cólera y con el corazón destrozado por el desengaño que acababa de sufrir de aquella redomada coqueta que se estaba burlando de su ternura gallega que no sabía jugar al amor como la sevillana salada y burlona que le hacía pasar tantos pesares.

SANJURJO BUSCA A PACA

Cuando hubo dormido la rabietu, esto es, cuando dejó que la noche pasara y que el sueño, vencíéndole, le trajera un poco de reposo a sus nervios alterados, Sanjurjo

pudo pensar y meditar con calma todo lo acaecido la noche anterior y coordinar sus ideas hasta llegar a un razonamiento. Y entonces vió con admirable claridad, o le pare-

ció ver, que Gloria no podía cometer una acción tan ruin por un capricho. Sanjurjo estaba convencido de que debía haber en todo aquello gato encerrado y se propuso descubrirlo. El acto cometido por Gloria aquella noche parecía inspirado en un deseo de venganza, y para vengarse, menester era una ofensa previa. Esta consideración le consoló bastante y pensó que el camino más corto era buscar a Paca y tirarle de la lengua y pedirle luego que le llevara una carta a la señorita como hacía cuando Gloria estaba en el convento.

Por aquellos vericuetos de calles llegó Sanjurjo hasta el rincón en donde Paca tenía su "palasio", una casa de vecindad amplia, soleada, limpia, en la que debía vivir toda una colmena humana, pero en la que a aquella hora no se veía ni un alma. La puerta de Paca estaba entornada. Sanjurjo pegó en ella con los nudillos y salió a abrirle la buena mujer, que exclamó sorprendida:

—¿Es usted, señorito? No le esperaba tan temprano.

—Sentiría estorbar.

—No, señó, no, pase su mesé adelante.

Le hizo pasar al comedor, que era una estancia muy aseada y amueblada con más decencia de lo que podía esperarse. Todo despe-

dió olor de limpieza y curiosidad, y el joven miró complacido aquel interior humilde y simpático, en el que se adivinaba en seguida la mano de una mujer laboriosa.

—¡Vamos, Paca, no vive usted tan mal! ¿Qué hijo!

—¡Ay, señorito!—exclamó ella, haciendo callar al mismo tiempo a los seis arrapiezos que la seguían amedrentados de la visita de aquel señor al que ellos no conocían—. El lujo del pobre, mucha escoba y poco trapo. Si fuera solita, meno mal... pero, ¿cómo quiere usted que prospere con una gusanera de chicos? Anda, íros a jugar a la caye... así nos dejaréis en paz—dijo a los niños que se apresuraron a cumplir la orden maternal.

Entonces Ceferino le contó a Paca lo que le había pasado la noche anterior. La mujer le escuchó con mucho interés, reflejándose en su expresiva fisonomía los diversos efectos que iban agitando su espíritu, la indignación, la duda, la tristeza, la esperanza. Cuando cesó de hablar, le dijo con acento de convencimiento:

—Mi señorita no ha hecho eso ni por mardá ni por coquetería. Eso debe de ser algún embuste del picaronaso malagueño. Mi señorita es más clara que el agua clara y más fina que el oro... Consentir ella un embuste, ¡quita ayá! Desírle a

un hombre que le quiere y no ser verdá... ¡no lo piense su mersé!

Aquellas palabras devolvieron el alma a Sanjurjo que entregó a Paca una larga carta que llevaba dirigida a su novia y le hizo prometer que se la entregaría aquel mismo día. Paca prometió cuanto Ceferino quiso, porque se había conquistado la simpatía de aquella mujer noble y generosa, que adoraba a su señorita porque la conocía de toda la vida y la había llevado en brazos cuando era una mocosa "de este tamaño" (y hacía una seña, indicando una cosa muy menudilla). Sanjurjo se desahogó todo lo que quiso, viéndolo en Paca a una fiel aliada suya y, cuando ya iba a despedirse, le llamaron la atención unos formidables maullidos que al principio le parecían de un gato monstruoso y que le hicieron mirar sobresaltado hacia la puerta por donde aquéllos llegaban.

Paca se puso primero muy pálida y luego muy colorada y dijo con voz ronca:

—Ahí está mi marido.

—¿Su marido?—preguntó Sanjurjo con extrañeza.

—Sí, señor, es el que maya... Hágame su mersé el favor de esconderse ahí. Después que él entre se può ir.

Hizo lo que le mandaba, asoman-

do con precaución la cabeza para ver lo que iba a ocurrir, y pronto vió entrar, andando a gatas, a un hombre que venía gritando ¡miau! ¡miau!... y que, por lo que se comprendía, llegaba como una cuba.

—¿Eres tú, so arrastrao, porcunaso, escandaloso?—gritó Paca enfurecida.

—¡Miau!... ¡Miau!... — le contestó su marido.

Entonces Paca empuñó una escoba, se acercó a él y comenzó a descargarle golpe tras golpe, gritando:

—¡Toma, esta por la gofetá que me diste el sábado! ¡Esta por el candelero que me tiraste a la cabeza el lunes!... ¡Esta por la palisa que me has dado el día de Nuestra Señora!... ¡Y esta! ¡Y esta!...

Sanjurjo, de puntillas, pasando arrimadito a la pared para que aquel matrimonio modelo no pudiera verle, salió a la calle y echó a correr como alma que lleva el diablo.

Y se fué al hotel a esperar la contestación, con una impaciencia que le roía las entrañas. Hasta bien entrada la tarde, casi anocheado, no llegó Paca. En la primera mirada que le dirigió comprendió Sanjurjo que las noticias no eran buenas.

—¿No ha querido contestar, ver-

dad? — le preguntó sin saludarla y esforzándose por sonreír.

— ¡Uf!... ¡Cómo está con usted, señorito! Me ha dicho muy serio: "Paca, si no quieres que riña contigo, no vuervas en tu vía a hablarme de ese..."

— ¿De ese qué? — preguntó Sanjurjo viendo que la mujer se detenía.

— De ese tío — agregó avergonzada—. Uté dispense, señorito.

— Está bien, Paca—dijo aparentando sosiego, pero con la voz alterada por la emoción—. Muchas gracias por el interés que se ha tomado usted por mí.

— Lo siento de too corasón, señorito. Yo creo que ustedes dos pateaban muy bien...

Paca se alejó apesadumbrada y Ceferino se quedó como si le hubieran arrancando el alma y se la hubieran llevado muy lejos. Sólo a la noche pareció volver en sí y, sin saber bien lo que iba a hacer, cuando llegaron las once de la noche, se encaminó a la calle en donde estaba la casa de Gloria.

¿Para qué iba allá? Ni él mismo se atrevía a confesárselo: pero lo cierto es que iba a espiar, porque al llegar a la esquina se asomó con cautela y miró hacia la reja... ¡no había nadie! Un goce intenso bañó todo su ser y estuvo paseando toda la noche por aquella calle, ale-

jándose de ella y volviendo al poco rato, para convencerse de que a la reja de Gloria no se acercaba el odioso malagueño, que, además, le había descubierto ante don Oscar.

Así, animado con aquella prueba muda de que no le era infiel, Sanjurjo tuvo ánimo para ir a contar a la condesita de Padul sus pesares y confiar en ella para que el asunto tomara otro derrotero. Por supuesto, Sanjurjo no había vuelto al despacho de don Oscar que estaba escamado con la conducta de su protegido.

Isabel consoló a Ceferino diciéndole poco más o menos lo que ya Paca le había dicho. Que Gloria era una mujer incapaz de cometer una villanía por capricho y que aquello era una venganza. Que algún día habían metido entre los dos y que estaba convencida de que el lioso era el malagueño.

—Mire usted, Sanjurjo, la impresión que yo tengo es que mi prima tiene unos celos enormes... y una mujer celosa es una mujer enamorada.

—Pero, ¿por qué le da la conversación a ese odioso Suárez?

—No haga usted caso. Ella quiere darle celos a usted y ha escogido el malagueño porque era el que tenía más a mano. Yo le prometo arreglarle este asunto. Voy a dar una fiesta campestre y queda

usted invitado. Por supuesto, también irá Gloria a la fiesta...

No esperaba Sanjurjo que la excursión se celebrara tan pronto; pero Isabel, interesada en que los novios hicieran las paces, adelantó cuanto pudo la fiesta y el día 20 de agosto fué el día de la gran fiesta. Adornaron las embarcaciones y marcharon todos — todos los concurrentes al patio de las de Anguita y algunos amigos más — a pasear por el Guadalquivir que a Sanjurjo se le apareció aquel día más bello que nunca.

No logró Ceferino sentarse al lado de Gloria que apenas le había saludado y que, estudiadamente, no le dirigía, ni por casualidad, la mirada. Se había sentado al lado de Suárez que le hablaba con intencionada malicia, y ella se reía con aquellas frescas carcajadas que hoy se le metían en el alma a Sanjurjo como si fueran puñaladas.

El iba en la proa, solitario, silencioso, triste, mientras toda la juventud reía y gozaba de aquel día espléndido de verano en que toda la naturaleza convidaba a la alegría y al amor.

Almorzaron en una casa de campo a orillas del río, propiedad del Conde y, después de la comida, que fué ruidosa y bullanguera, sonaron los rasgueos de las guitarras y varias voces entonaron seguidillas, so-

leares y malagueñas, con la gracia característica de la tierra.

— ¡Que baile Gloria! — gritaron algunas voces.

Ella no se hizo rogar. Los pies hacia ya rato que se le movían impacientes queriendo seguir el compás de aquella música que le llegaba al alma, y se plantó en medio del patio, alzó los brazos con aquella gracia gentilísima que le era característica, repiqueteó los palillos suave, dulcemente, y comenzó a bailar unas sevillanas con tal perfección que los "Olé" se sucedían ininterrumpidamente.

Sanjurjo sentíase apretada la garganta por una mano invisible. le daba coraje que Gloria se exhibiera en público, haciendo admirar los dones que la naturaleza le había concedido. A cada vuelta del baile asomaban las piernas finas y ágiles modeladas maravillosamente bajo la media de seda. El muslo, torneado, se dibujaba bajo la seda del traje que se pegaba a él en una caricia voluptuosa, y Suárez se la comía con aquellos ojos lascivos que manchaban con sólo mirar. Pero notó Ceferino que los ojos de Gloria no iban a Suárez, sino que, de vez en cuando, se dirigían a él en un relampagueo chispeante y curioso, oícarón y agradecido — Sanjurjo había permanecido solo todo el día de Dios — que le iba aflo-

jando poco a poco aquellos dedos invisibles que le tenían la garganta agarrotada.

Después de la comida y del baile y del canto fueron a visitar unas cuevas que allí cerca había y, propicias las cuevas a cobijar bajo sus bóvedas y sus vericuetos dulces idiomas, todas las parejas procuraron perderse por ellas y entonar un himno al dios de la juventud y de la alegría.

Gloria se había puesto muy triste y había procurado esquivar a Suárez que ya se estaba poniendo demasiado pesado. Suárez la había seguido hasta el rincón al que ella había ido a buscar refugio; pero Gloria le había dado un buen desplante que dejó al malagueño sin ganas de acercarse de nuevo y allí se quedó Gloria, meditando en sus males y pensando acaso que sería bueno que Ceferino viniera a curárselos, puesto que era el único médico que podía entender su mal.

Isabel, que había estado aquel día más cariñosa que de costumbre con Villa haciéndole olvidar desdenes pasados, le abandonó un momento para ir en busca de Sanjurjo. Le tomó de la mano, le condujo hasta un lugar desde el que podía verse a Gloria sumida en honda y triste meditación y le dijo:

—Véala usted... Sanjurjo, mi opinión es que debe concluir "eso"

que hay entre Gloria y usted. Ustedes se quieren. ¿Por qué han de pasar el tiempo en monerías?

Sanjurjo se quedó turbado, rojo, y Gloria, que les acababa de descubrir, también enrojeció y miró a Ceferino con unos ojos brillantes en los que bien hubiera podido descubrirse el paso de unas lágrimas.

—Vamos, dense ustedes las manos y no haya más regaños — dijo Isabel obligándoles a hacer lo que ella decía y dejándolos solos.

Sanjurjo aprisionó entre las suyas, largamente, las manos de su amada; pero no acertaba a decir ni una palabra. Al fin la emoción venció a la vergüenza que sentía y acercando a los oídos de ella sus labios enamorados, le dijo:

—Gloria, ¿sigues enfadada conmigo?

Sanjurjo no pudo contenerse y abrazó fuertemente a Gloria estrechándola contra su corazón. Gloria le rechazó sin enojo, pero con rubor y él le preguntó con acento conmovido:

—¿Por qué me has hecho sufrir tanto?

—También yo he sufrido... creyendo toda la majadería que me había dicho Suárez.

Corrió a estrechar en sus brazos a Isabel que era la que había conseguido la reconciliación y, como

la dicha no le cabía en el pecho, se desbordó en un raudal de lágrimas.

Sanjurjo, que no conocía muy bien los arranques del alma femenina, se acercó a las jóvenes y preguntó angustiado, aunque bien comprendía que aquellas lágrimas no eran de dolor:

—¿Qué te pasa, Gloria? ¿Te sientes mal?

Levantó ella la cabeza y con los ojos nublados por las lágrimas y sonrientes a la vez, exclamó con rabia:

—¡Vete, payaso, vete! No quiero que me veas llorar.

Era ya noche cerrada, cuando embarcaron de nuevo para regresar a Sevilla. A Sanjurjo, que había conseguido sentarse al lado de Gloria que estaba radiante como nunca de felicidad y de alegría, le parecía el río un sendero soñado glorioso, que se prolongaba a lo lejos, se perdía entre los negros contornos de las orillas, y les conducía en apoteosis al través de la noche desierta. Gloria y Ceferino se sentían acariciados por la onda silenciosa de la noche y por aquel amor tan grande y tan hondo que no les cabía dentro del pecho y se desbordaba en palabritas dulces que se murmuraban suavemente y que volvían a tener para ellos un sentido ínti-

mo, un sabor secreto que les inundaba de dicha.

Los marineros habían levantado los remos y la embarcación se deslizaba silenciosamente arrastrada por la imperceptible corriente. Un sopor lánguido y voluptuoso les había invadido a todos, pero como en Andalucía no hay fiesta sin música, pronto sonó el rasgueo de una guitarra y la voz de la Joaquinita, un poco velada por los celos, dijo dirigiéndose a Gloria:

—Hija mía, basta de pichonen... A ver si nos cantas alguna coplilla salaita de esas que tú sabes.

Gloria tomó la guitarra sin hacerse instar, la rasgó unos instantes y de improviso lanzó el grito prolongado, vibrante, apasionado, con que comienzan los cantos andaluces. El aire dormido se estremeció y sobre sus alas invisibles arrastró aquel grito al través de la campiña desierta:

Viva Sevilla, olé...

Viva Triana...

—¡Olé mi niña!

—¡Bueno!

—¡Viva tu salero!

Todos jaleaban a la cantadora y Sanjurjo sintió un vivo escalofrío, un fuerte estremecimiento mientras Gloria iba cantando los versos de la copla con aquella voz cálida, hermosa, emotiva, que se

le metía dentro del alma y le hacía sentir todo un mundo de delicias.

Desde aquella noche Ceferino volvió a pelar la pava a la reja de su novia y allí se dijeron todo lo que habían pasado durante los días que había durado el enfado. Gloria había crecido ¡nada menos! que Ceferino estaba en amores con la de Anguita. ¡Lo que se rió el gallego al oír aquella tontería! ¿Cómo era posible que Gloria se hubiese tragado aquella bola?

—En castigo me vas a cantar a mí unas cuantas seguidillas y soleares. Pero a mí solito, ¿eh?

Gloria había empuñado la gui-

turra y había cantado sin cansarse, pero no había sido sólo para Sanjurjo, porque pronto en la calle se había formado un grupo que jaleaba a la cantadora y la animaba con sus "olé" y sus ¡buenos! que la hacían sonreír y mostrar la gloria de sus dientes blancos y apretados.

Hasta que, puesta sobre aviso por todo aquel ruido, doña Tula entró en la sala como un ciclón, obligó a la niña a cerrar las celosías y dejó la calle triste y sin rumores, con el pobre Sanjurjo en ella, atemorizado y medroso de lo que pudiera ocurrir a su novia por culpa suya ya que era él quien la había obligado a cantar.

EN QUE PARO LA HERMANA SAN SULPICIO

Apenas serían las ocho de la mañana cuando Paca entró como un ciclón en el cuarto del hotel en donde Ceferino se estaba acicalando y le dijo agitada y pálida de ira:

—Señorito, ¡qué se la yevan!

—¿Se la llevan? ¿A quién?

—¿A quién ha de ser? ¡A mi señorita!

Sanjurjo quedó clavado en el suelo y la buena mujer le contó lo que había visto:

—Hase poco fui a su casa, como otras veces, y no vi a la señorita. Me dijeron que estaba malita; pero yo, que guipo de lejos, no lo creí. "Aquí hay gato enserrao", me dije. La casa andaba un poco revuelta y oí voces en el piso de arriba; pongo la oreja y oigo gritar a la señorita Gloria isiendo:

"¡No voy, no voy así me hagan ustedes peasos!" No quise sabé más. Y allí escapé a contárselo a su mersé.

Sanjurjo, sin decir palabra salió corriendo como alma que lleva el diablo, seguido por Paca que corría casi tanto como él.

Llegaron a la puerta de la casa en el momento en que el coche iba a partir. Se había formado un grupo de gente a los gritos de Gloria que se había defendido bravamente, y Sanjurjo se plantó ante los caballos, los detuvo, y dijo con toda su alma:

—¡Alto! ¿Adónde llevan a esta señorita?

—¡Ceferino, sálvame! — gritó Gloria saltando del coche y queriendo arrojarle en sus brazos. Pero los que la llevaban secuestrada se lo impidieron.

—¡No pasarán ustedes, canallas, miserables! Suelten esa joven, que llevan secuestrada... Para que ustedes la encierren en la prisión, tendrán que pasar sobre mi cadáver.

Gloria, que había conseguido desprenderse de los brazos que la sujetaban se puso al lado de Sanjurjo y dijo con coraje:

—¡Dame el revólver, yo le mato!

—¡Olé por la niña de sangre! — exclamaron los del grupo que se pusieron a su favor y consiguieron ahuyentar a los secuestradores. Gloria se abrazó a su novio desesperadamente diciendo:

—¡Nadie podrá separarme de ti, nadie!

Y Paca, explicaba entretanto a todo el que quería oírlo:

—Esos desalmados querían enchi-
quiar a la pobrecita de mi niña
pa comerse ellos la guta... ¡Mi se-
ñorita es rica y se quieren engul-
llir los millones que tié mi niña! A
ella le gusta este señorito y ellos
se empeñan en meterla monja...
Pero a ella le guta er señorito, por-
que es buen moso y tié buen aquel...
¡porque sí, vamos! y se casará con
él, ¡vaya si se casará!

Sanjurjo iba bastante avergon-
zado y Gloria mucho más, como
puede suponerse; pero se habían
salido con la suya y esto les daba
ánimos para pasar aquel bochorno.
Ceferino acompañó a Gloria a ca-
sa de los Condes de Padul, donde
quedó depositada, mientras se ar-
reglaban todos los papeles y se pre-
paraba la boda.

Fué ello una boda magnífica y
triumfal. Gloria había querido que
se celebrara con pompa para que
todo Sevilla se enterase y fueron
invitados a la ceremonia casi todos
los que concurrían cada noche al
patio de las de Anguita. Claro está
que las tres hermanas formaban
parte del acompañamiento de la
novia que les había regalado los
trajes y las había hecho felices
así.

Gloria estaba radiante de gracia y de dicha, hermosísima. Ni por un instante se advirtió en ella alguna de esas vacilaciones o enternecimientos extemporáneos con que las niñas suelen mostrar su sensibilidad en tales casos. En sus ojos serenos y brillantes no se leía más que la alegría y el triunfo sereno del amor.

Cuando el sacerdote hubo bendecido la unión, cuando aquella manecita fina y blanca quedó adornada con el anillo nupcial, cuando llegó la hora de los besos y de las despedidas, Gloria, que había ido al altar acompañada del Conde de Padul, puesto que su madre se había negado a asistir a una unión en la que no se había tenido en cuenta su consentimiento, corrió a arrojar-se en los brazos de Paca que estaba en un rincón de la iglesia, con su traje de día de fiesta y un pañuelo rameado en la cabeza y que la abrazó llorando de alegría y cubriéndola de besos como si fuera en realidad su hija.

Joaquinita se acercó a Gloria y le dijo, dándole el beso de ritual:

—¡Ay, hija, cuánto te compadezco en este momento! ¡Qué triste debe ser casarse sin tener junto a sí a una madre!

—Más triste debe ser no casarse — replicó pronto Gloria con una

intención que hizo subir los colores a la imprudente.

El viaje de novios no tuvo incidente alguno. Se encaminaron a París, pero antes pasaron por Vergara, donde Gloria quería visitar a las monjitas del convento en que ella había estado.

—Mira—le dijo Gloria cuando ya llegaban a él—, aquélla es la ventanita del cuarto en que yo dormía. ¡Cuántas noches me tengo levantado para mirar al cielo!

—¿No te ventan descos de escape?

—Nunca. Las mujeres no se escapan sino cuando están enamoradas.

Entraron y fueron conducidos a un locutorio que era una gran pieza cuadrada partida en dos por una reja. Al poco rato apareció la superiora, que era la misma que había tenido Gloria y que les dijo sonriendo:

—La gracia del Espíritu Santo sea con ustedes.

—Y con su reverencia, madre — contestó Gloria acercándose a la reja—. ¿No me reconoce? ¿No se acuerda usted de la hermana San Sulpicio?

—¡Ah! ¡Sí, la hermana San Sulpicio, la andaluza! — exclamó sonriendo con placer—. ¿Quién había de pensar! Voy a llamar a toda la comunidad para que puedan

saludarla. Todas se acuerdan de usted con mucho cariño.

Llegaron las monjitas y Gloria las fué saludando por su nombre:

—Me he separado del camino que llevaba solamente por venir a saludarlas.

—¡Qué graciosa! ¡Siempre será la misma!

—¡Vaya con la hermana! ¡Siempre tan alegre! ¡Cuánto nos hemos reído con ella!

—¿Quién había de conocerla? — decían las monjitas.

—¿No saben vuestras caridades que me he casado? — preguntó Gloria.

—¡Qué gracia! ¡Pues no dice que se ha casado!... ¡Lo que no se le ocurre a ella!...

—Qué, ¿no quieren creerlo? — preguntó Gloria mirando a su marido con penetrantes y maliciosas miradas—. ¡Pues ahora mismo lo van a ver ustedes!

Y en uno de sus genuinos arranques, echó los brazos al cuello de su esposo y comenzó a darle sonoros besos en las mejillas que sembraron el escándalo entre aquellas monjitas que huyeron espantadas y corrieron la cortina para no ver aquella profanación.

—¡Chica, qué loca eres! — exclamó Sanjurjo fuertemente sofocado—. ¡A quién se le ocurre!

—Perdona, hijo — respondió riendo—. Me estaban poniendo nerviosa. Tan bien sabían que éramos casados como el cura que nos echó la bendición.

FIN

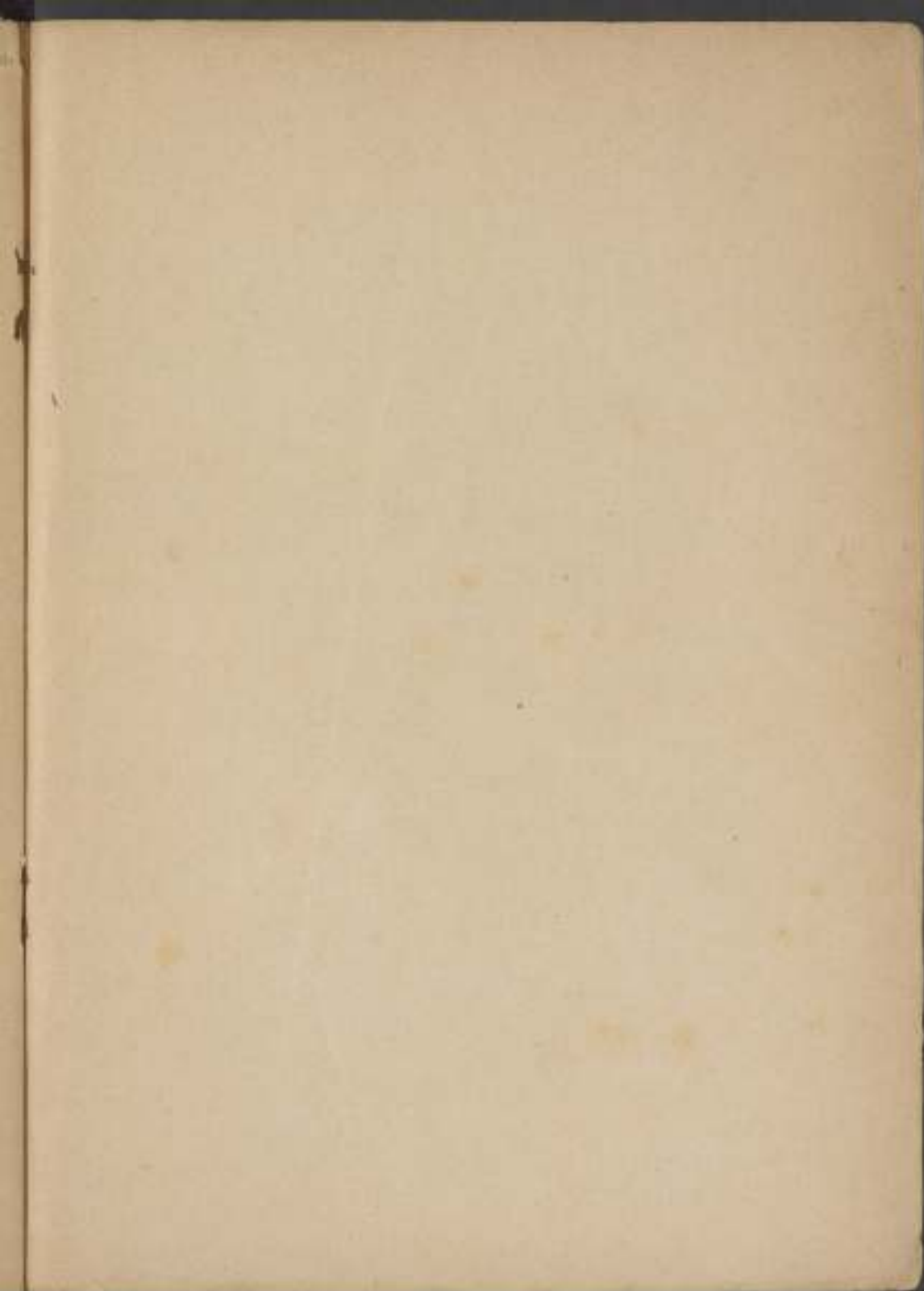
LA SENSACIONAL NOVELA

EL SIGNO DE LA MUERTE

EXCLUSIVA DE DISTRIBUCION PARA ESPANA

Sociedad General Española de Librería.
Diarios, Revistas y Publicaciones, S. A.

Barcelona: Barbará, 16 - Madrid: Evaristo San Miguel, 11





*Para las Ediciones Gastagne
A. Palacio Valdés*

DON ARMANDO PALACIO VALDÉS

PATRIARCA DE LAS LETRAS ESPAÑOLAS